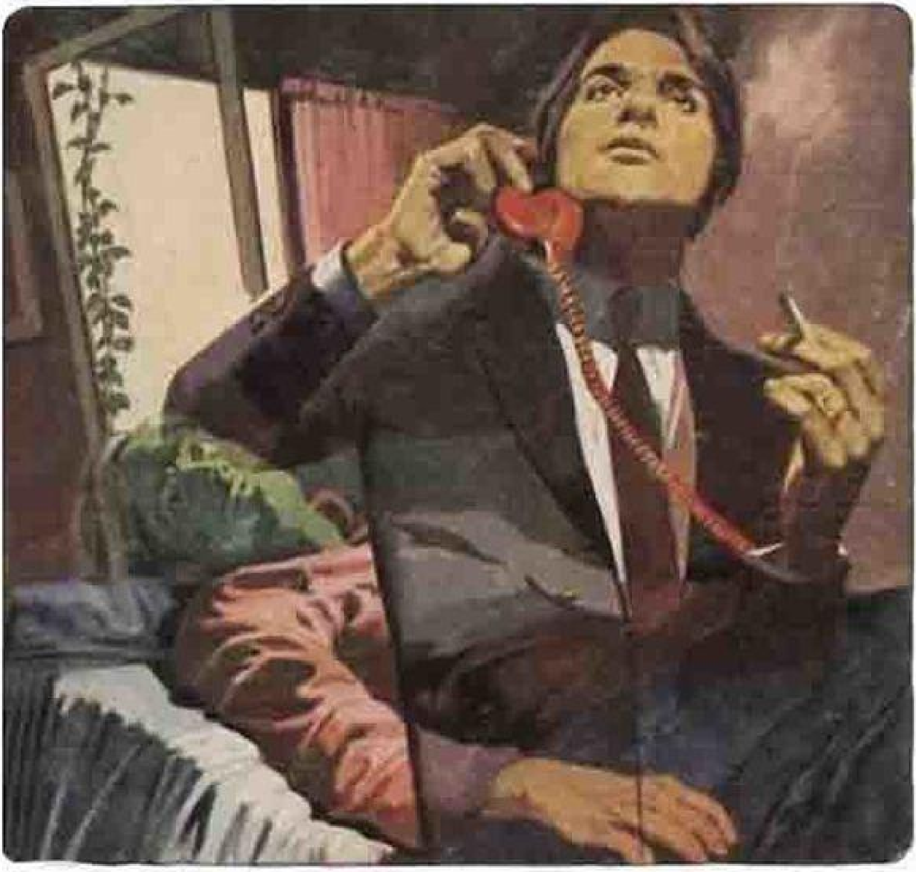
BOLSILIBROS BRUGUERA

SERIE LA HUELLA

LOU CARRIGAN

EXPERIENCIA PREMORTUORIA



COLECCION
LA HUELLA

LOU CARRIGAN

EXPERIENCIA PREMORTUORIA

Colección LA HUELLA n.° 41
Publicación quincenal
Aparece los lunes

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2
Depósito legal: B 24861-1975

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición en esta Colección: agosto, 1975

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

CAPÍTULO PRIMERO

Wade Cavendish estaba terminando de afeitarse, cuando sonó la llamada a la puerta de su apartamento. Desconectó la maquinilla eléctrica, vaciló un instante al recordar que estaba en pantalón de pijama, pero acabó por sonreír, como divertido, y salió del cuarto de baño, situado junto al único dormitorio.

La sala de estar era bastante grande, con un amplio ventanal que daba al interior de la manzana; lo que era mejor que si hubiese dado a la fachada del bajo edificio, pues entonces jamás habría entrado allí el sol. En esta sala de estar había dos cosas que destacaban inmediatamente. Una de ellas, la gran cantidad de libros que atestaban la librería que ocupaba todo un paño de pared. La otra, los muchos trofeos deportivos conseguidos por Wade «en su juventud», es decir, hasta los veinticinco años. Ahora, a los veintinueve, ya era «viejo» para el deporte.

Pero había algo más, muy peculiar en la sala de estar del pequeño apartamento de Wade en Greenwich Village: la primera y general impresión que se recibía al entrar era que todo estaba abigarrado y desordenado, pero, al mismo tiempo, el lugar resultaba sorprendentemente confortable y agradable.

Salió al corto pasillo, llegó ante la puerta, y abrió, convencido de que sería uno de los muchachos del gimnasio.

Pues no.

No era un muchacho del gimnasio, sino una rubia despampanante, de grandísimos ojos
azul-gris
y figura espléndida. Ella sí estaba todavía en edad de ganar trofeos deportivos…, y de cualquier otra clase.

—¿Sí? —musitó Wade, molesto por haber abierto con tan

reducida indumentaria.

La muchacha también había quedado un instante pasmada ante el ejemplar masculino que tan espectacularmente se ofrecía a sus ojos, rebosante de músculos por todas partes y guapo a rabiar, aunque quizá demasiado serio.

—¿Señor Cavendish? ¿Wade Cavendish? —inquirió.

—Sí, en efecto. Perdone que haya abierto así, pero creí que sería otra persona… ¿En qué puedo servirla?

—Soy Sophie Kenesaw.

—¡Ah…!

—La secretaria de su tío, el señor Harry Cavendish.

—¿De veras? Bueno…, ¿qué ha pasado con Loretta?

—No lo sé, señor Cavendish. Sólo puedo decirle que hace algo más de un año que trabajo para su tío.

—Ya. Es de suponer que Loretta se largó finalmente de allí, harta del viejo buitre. Perdone, señorita Kenesaw… ¿Quiere usted pasar?

—Gracias.

La muchacha entró en el apartamento, y Wade la condujo hacia la sala. Ella miró, como sorprendida, alrededor, y a juzgar por el gesto lo que vio mereció su aprobación.

—Si me permite unos segundos, iré a ponerme…

—Temo… que le traigo malas noticias, señor Cavendish: su tío, el señor Harry Cavendish, ha fallecido esta mañana, en su casa de Ossining.

Wade apretó los labios, y movió la cabeza. Eso fue todo.

—¿Ha desayunado ya, señorita Kenesaw?

—Sí, sí. Estaba en el despacho cuando recibí la noticia. Inmediatamente llamé a los familiares del señor Cavendish, pero de usted sólo constaba la dirección, en la libreta de su tío… ¿No tiene teléfono?

—No. Tuve, pero me cansé de él: me pasaba el tiempo atendiendo llamadas, de tal modo, que era como si continuase trabajando. Así que lo suprimí.

—En ocasiones es conveniente tener teléfono.

—Cuando *yo* necesito el teléfono, utilizo el del gimnasio. El propietario es un buen amigo mío, y no tiene inconveniente en ello. Y como las ventanas de atrás del gimnasio siempre están abiertas

para que entre aire más o menos puro, entro y salgo cuando quiero. ¿Tomaría café, quizá?

—No, gracias. Bien… Yo sólo he venido a informarle de lo ocurrido, así que…

—¿Tiene usted coche?

—Sí… Desde luego.

—¿Va a ir a Ossining, ahora?

—Así es.

—¿Le molestarla llevarme?

—Claro que no. Si su coche está averiado, con gusto le…

—No está averiado. Supongo que funciona perfectamente, pues de cuando en cuando pongo en marcha el motor, y se oye ruido. Pero me cansé de él, y utilizo el metro y los taxis. Ir en coche por Nueva York son ganas de complicarse la vida, ¿no le parece?

—Pues… sí —tuvo que admitir Sophie, sonriendo—. Es cierto. De todos modos, no tengo inconveniente en llevarle a Ossining.

—Muchas gracias. Por favor, acomódese con toda confianza. Voy a terminar de afeitarme, y a vestirme. Termino en cinco minutos.

—De acuerdo.

Cinco o seis minutos más tarde, en efecto, Wade Cavendish había terminado de afeitarse, y estaba vestido. Salió del dormitorio poniéndose la chaqueta. Luego, delante de Sophie, que se había sentado en el sofá, terminó de hacerse el nudo de la corbata.

—Cuando guste.

—Es un apartamento muy pequeño, me parece —dijo Sophie—. Pero muy agradable. Lo que me intriga, señor Cavendish, es que viva usted en Greenwich Village.

—¿Le intriga? —se sorprendió Wade—. ¿Por qué?

—Bueno… Hay sitios más adecuados en Nueva York, supongo.

—Adecuados…, ¿para quién?

Sophie Kenesaw reflexionó unos segundos, y acabó por sonreír.

—Supongo que he dicho una tontería —admitió.

—Me temo que sí. Pero todos las decimos, de cuando en cuando. Cuando yo tenía diez años, recuerdo que fui con mi padre a dar el pésame a un amigo suyo, que había perdido a su esposa. Yo estaba tan impresionado y desorientado que cuando vi al pobre hombre, en lugar de decirle que le acompañaba en el sentimiento, o algo así, le

dije «feliz cumpleaños».

—¡Por Dios!

—El pobre sujeto ni se enteró. Mi padre sí, pero, naturalmente, no se enfadó conmigo. Mi padre y tío Harry siempre fueron tan diferentes en todo, que si no hubiese conocido a la gran dama que fue mi abuela habría pensado que no eran hermanos del todo. Supongo que me comprende.

—Desde luego. —Sophie se puso en pie—. Tengo entendido que usted y su tío no se hablaban hacía tiempo. Bueno, no es que quiera ser indiscreta, pero sabiendo esto me ha sorprendido que al notificarle su muerte usted no haya lanzado un grito de júbilo.

—¿Está usted bromeando? —Frunció el ceño, Wade.

—No señor. Es que sus primos sí lo hicieron.

—¡Ah…! Sí, entiendo… ¿Los ha llamado usted ya? ¿A todos?

—Sí. Por último, vine a avisarle a usted. Creo que ellos ya están camino de Ossining.

—Los cuervos acuden a por la carroña —murmuró Wade—. Casi preferiría no ir allá. En fin, ya nada tiene importancia. ¿De qué ha muerto tío Harry?

—No lo sé. Su criado me dijo que el doctor Dovershire está en la casa, así que él le dará las explicaciones, espero.

Wade asintió, y señaló hacia la salida. Poco después descendían el único tramo de escalones que llevaba a la calle. El zaguán era bastante amplio, y a un lado había una puerta con la indicación de «Joe's
Gym». La puerta estaba abierta, y dentro se oían gritos y chasquidos de golpes.

—¿Es para boxeadores? —preguntó Sophie.

—Sí.

Ella recordó la cantidad de músculos que había visto.

—¿Usted también es boxeador?

—Mi nariz puede contestarle —se la señaló Wade.

—Su nariz dice que no, pero hay muchos boxeadores que no la tienen rota.

—¿De veras? Bueno, de todos modos, no soy boxeador… Sólo me pego unos mamporros de vez en cuando con los muchachos, o con el propio Joe. Lo pasamos divinamente, y… ¿Su coche es azul y está estacionado en doble fila?

—Sí… ¿Por qué?

—Feliz cumpleaños —sonrió Wade, señalando hacia la calle.

Sophie miró hacia su coche, y emitió un gemidito.

—¡Oh, Dios mío…!

—Es sólo una multa.

—Pe-pero… esperaba estar tan poco tiempo arriba…

—Entonces, la culpa es mía. Vamos allá.

Delante del coche estaba un policía de tráfico, extendiendo la multa. Alzó la cabeza, los vio llegar, y se quedó mirando a Wade mientras éste abría la portezuela a la muchacha, que se sentó ante el volante, casi empujada por él.

—¡Hola, Craig! —saludó Wade.

El policía dejó de escribir, y se acercó.

—¿La señorita es amiga suya, señor Cavendish?

—Puede llegar a serlo.

—Seguro que sí —sonrió el policía—. Bueno, estaba extendiendo la facturita, pero…

—Termina. Yo la pagaré.

—Claro que no —protestó vivamente Craig—. Los amigos de usted son…

—Mis amigos, igual que cualquier hijo de vecino, deben dejar su coche donde esté permitido. Termina tu facturita, te la pago, y asunto terminado.

—Pero, señor Cavendish…

—Esta mañana no te has lavado las orejas, Craig.

—Sí, señor, me las he lavado —mascculló el policía.

Y se dedicó a terminar de extender la multa… Mientras tanto, un sujeto más bien bajo, pero de hombros anchísimos, ataviado con un chandal, y con cara de recibir bofetadas, salía a la calle, mirando vivamente a todos lados. Al ver a Wade alzó un brazo.

—¡Hey, Wade!

—¡Hola, Joe!

El propietario del gimnasio se acercó, sonriendo. Se colocó junto a Craig, y le dio un codazo amistoso.

—¿Qué…? ¿Divirtiéndote?

—Vete a la *eme* —farfulló Craig, arrancando la hoja—. Servido, señor Cavendish.

—¡Hombre…! —Respingó Joe—. ¿La multa es para Wade? ¿Qué

demonios te pasa?

—Haya paz —pidió Wade, sacando unos billetes y pagando la multa—. ¿Querías algo, Joe?

—¡Pero no vas a pagarle una multa a este…!

—La ley es la ley… ¿Verdad, Craig?

Éste refunfuñó algo, tomó el dinero, y se alejó.

—¡Cochino! —le gritó Joe.

—¡Tu padre! —Se volvió el policía; y continuó su camino.

—¡El muy…!

—Vamos, Joe, deja correr el asunto. He sido yo quien ha querido pagar la multa. ¿Qué querías?

—Tengo ya otros mil dólares… ¿Qué hacemos?

—Les buscaremos acomodo. Pero ahora tengo otras cosas que hacer, Joe… Se ha muerto mi tío Harry, y voy para allá.

—Vaya… Lo siento, Wade. ¿Puedo hacer algo?

—No creo. Ya nos veremos.

—*Okay*… Oye: ¿quién es ese bombón del coche? ¿Una de tus clientes?

—Puede llegar a serlo.

—Seguro —sonrió maliciosamente Joe—. ¡Seguro que sí! Lo contrario me sorprendería. Está como un tren, ¿eh?

—Más bien como un portaaviones —sonrió Wade—. ¡Adiós, Joe!

—Hasta la vista, Wade.

Éste se sentó junto a Sophie, y señaló hacia delante.

—Podemos marcharnos.

—Si no he entendido mal, el policía no quería cobrar la multa. ¿Cómo es eso posible?

—Es amigo mío.

—¡Ah! Pero… usted la ha pagado. ¿Por qué?

—Porque soy amigo suyo.

Sophie Kenesaw parpadeó, atónita. Luego asintió con la cabeza, y puso en marcha el coche. Miró a Joe, que saludaba con la mano y sonreía, haciendo guiños.

—¿Y ése?

—Ése es Joe, el propietario del gimnasio.

—También amigo suyo.

—Claro.

—Y usted amigo de él.

—Por supuesto.

—Supongo que esto le ha perturbado a usted en sus actividades normales, señor Cavendish.

—Sí. Pero, a pesar de todo, tío Harry no era un perro, así que debo ir allá. ¡Cuidado…! Si se carga a Craig, nos costará algo más de cincuenta dólares, señorita Kenesaw.

—Le pagaré el importe de la multa en cuanto…

—Ya está pagada. Olvídelo. Además, la culpa fue mía, por retenerla.

—Pero es que…

—Si tiene ganas de hablar, que sea de otra cosa.

Sophie asintió, mirando por el retrovisor hacia el policía, que estaba plantado en medio de la calle después de apartarse, y miraba hacia el coche con el ceño fruncido.

—¿A qué se dedica usted, señor Cavendish? —murmuró.

—Soy agente de Bolsa y asesor de inversiones.

—¡Oh! Bueno, eso es algo parecido a lo que debía hacer usted cuando trabajaba con su tío, ¿verdad?

—Sí. Pero hace más de dos años que opté por dar a ganar dinero a mis amigos… Mi tío ya tenía demasiado.

—Pues oyéndole a él, parecía que siempre estuviese al borde de la ruina.

Wade Cavendish dirigió una mirada amable, pero no poco irónica, a la muchacha.

—Si puede, asista a la lectura del testamento, señorita Kenesaw. Creo que será el mejor modo de hacerle comprender lo «arruinado» que estaba mi tío Harry.

—¿Quiere decir que tiene mucho dinero?

—Tenía —musitó Wade—. Ahora sólo tiene pasaje para la eternidad.

CAPÍTULO II

Estuvo unos segundos contemplando el cadáver que yacía en la cama, tapado hasta la barbilla. Pálidas las facciones, apretados los delgados labios, Harry Cavendish parecía dormir. Por la ventana del dormitorio entraba un amplio rayo de sol, proyectado hacia el brillante suelo. El silencio era total, pese a que habían varias personas en el cuarto.

Estaban allí los primos de Wade: Oswald Morris, hijo de una hermana, de Harry Cavendish; Vivian Cavendish, hija de un hermano; Mark Cavendish, con su bonita y simpática esposa, Sally, una rubita verdaderamente encantadora, a juicio de Wade; el propio Wade Cavendish; la señorita Kenesaw… Y, naturalmente, el doctor Alexander Dovershire, el médico del difunto, desde hacía bastante tiempo.

El mayordomo, Milton Lacey, así como su esposa, Rebeca, no se hallaban en el dormitorio. Habían recibido a Wade y a Sophie, y se habían quedado abajo. Estaban muy nerviosos, Wade lo había notado. Aunque más nervioso todavía le había parecido el doctor Dovershire.

Se volvió hacia éste, dejando de mirar a su tío.

—Bien —murmuró—. ¿Cuál ha sido la causa?

—Un ataque al corazón —murmuró Dovershire.

—¿Cuál corazón? —saltó Oswald.

—¿Qué…? —se desconcertó el médico.

—No haga caso a primo Oswald —sonrió desganadamente Wade —. Es una de sus bromas.

—¡Qué broma ni qué narices! —masculló Oswald Morris—. ¡Era una persona sin corazón, y tú lo sabes mejor que nadie, Wade!

—No digas tonterías. Todos tenemos corazón, ¿no es así, doctor?

—Pues sí… Claro, naturalmente, sí.

—Bueno —admitió Oswald—, pero él debía tenerlo de piedra.

—Más bien de oro —musitó Mark—. Es igualmente duro. O sea, que no lo digo porque fuese una buena persona. ¿Está claro?

—Ya está muerto, ¿no? —Gruñó Wade.

—El demonio lo echará a patadas del infierno —aseguró Oswald —. Lo cual me hace pensar que debe haber otro lugar peor que el infierno, para que tío Harry vaya allá. Y no eres tú el más indicado para defenderlo, Wade, después de lo que te hizo.

—Ya lo he olvidado —murmuró Wade.

—Pues tienes una memoria que da asco —saltó Vivian—. ¡Yo no lo habría olvidado! ¡Fue un cochino, contigo!

—Vamos, Vivian, cálmate… Calmémonos todos —pidió Wade—. No es momento ni lugar para discutir.

—Muchacho, desde luego eres de buena pasta —masculló Mark —: si a mí me hubiese echado de su despacho acusándome injustamente de ser un ladrón, no habría puesto más los pies en esta casa. Ni siquiera en un momento como éste.

Wade dirigió una rápida mirada de reojo a Sophie, que miraba de uno a otro, muy abiertos los ojos.

—Ya está bien, Mark. Será mejor que vayamos todos abajo.

—Desde luego que sí… ¡No está bien sentirse feliz contemplando un cadáver!

—Por favor, Mark… —suplicó su esposa.

—¡Qué favores ni qué…! ¿Por qué tengo que mentir? ¡El viejo puerco la ha palmado por fin, y yo me alegro!

—¡Mark!

—¡Demonios! —replicó Mark a Sally.

—Se admiten apuestas —dijo Oswald—: yo apuesto a que el viejo no nos ha dejado ni uno solo de sus cochinos centavos.

—¿A quién si no a nosotros podía dejarle su dinero? —rechazó Vivían.

—Cualquiera sabe… ¡Quizá a las hienas del zoo!

—¿Ha sido avisado el notario? —se interesó Mark.

—¡Ése es el que interesa! —exclamó Vivian.

—Si me permiten, yo… yo… yo quisiera ir abajo —balbuceó Sophie Kenesaw.

—¿La estamos escandalizando? —sonrió Oswald—. Es usted

muy especial, señorita Kenesaw. ¿Cuánto tiempo llevaba trabajando para él?

—Alrededor de un año…

—¡No me diga! ¿Y en todo ese tiempo no ha aprendido a odiarlo o, cuando menos, a tenerle asco?

—La acompaño, señorita Kenesaw —masculló Wade, tomándola de un brazo.

—Lo mejor es que vayamos todos al salón —propuso Dovershire.

—Pronto será la hora de almorzar —dijo Oswald—. ¡Espero que Rebeca nos haya preparado un buen festín!

Fruncido el ceño, Wade se adelantó a todos, llevando a Sophie del brazo. La soltó al llegar a la escalera, y bajaron en silencio, pero oyendo tras ellos los despiadados, implacables comentarios de los primos de Wade.

Poco después, todos estaban en el salón. Milton, el criado del difunto, apareció en la puerta, preguntando si deseaban algo.

—¡Hombre, sí! —exclamó Mark—. ¡Sírvenos unos martinis!

—¿Martinis, señor? —susurró Milton.

—Eso he dicho. ¿No hay en la casa?

—Sí… Si, señor, desde luego.

—Pues eso. Y no pongas esa cara: ¡encontrarás un patrón mucho mejor, Milton!

—No creo, señor.

Todos se quedaron mirando estupefactos al criado.

—¿No? —exclamó Vivian—. ¿Qué quieres decir?

—Seguramente, dirá cualquier tontería —aseguró Oswald—. Y no me sorprende: ¡después de tanto tiempo con tío Harry, éste le ha debido hacer un buen lavado de cerebro!

—Pues si alguien tenía que lavarse el cerebro, ése era tío Harry —dijo Mark—. Hace falta tenerlo muy sucio para tratarnos como lo ha estado haciendo. Y lo que hizo con Wade, que era su brazo derecho, honrado como un idiota y que le daba a ganar tanto dinero, fue una porquería…

—Ya se disculpó —dijo Wade.

—¡Hombre, si no me dices otra cosa…! ¡No habría faltado más que eso! ¡Te acusa de haberle estafado cincuenta mil dólares delante de todos los empleados, haciendo sucios manejos con las inversiones de Bolsa, y luego resulta que se había equivocado…!

¡Yo le habría roto la cara, maldita sea su estampa!

Wade encogió los hombros, y miró al criado.

—¿Qué te pasa, Milton? Te veo muy nervioso.

—¿Yo, señor…? No, no.

—Sí que estás nervioso —apoyó Vivian—. Y muy pálido… ¿No te encuentras bien?

—¡Oh, sí! Sí, sí, gracias.

—Me alegro. ¿Ves…? ¡Por ti sí que derramaría unas cuantas lágrimas, Milton!

—¿Avisaste también al notario? —se interesó Mark.

—No, señor… Bueno, hasta después del entierro no… no procede la lectura del testamento,
a-así
que… que…

—Estás nervioso —frunció el ceño Wade—. ¿Por qué, Milton?

—Bueno… No sé… Apreciaba al señor, eso es todo.

—Este tipo se ha bebido todo el martini —rió Oswald—. ¡Sólo así es posible hablar de ese modo!

—Pues te las vas a cargar como no hayas dejado martinis para nosotros —rió también Mark—. Venga, sírvenos ahora mismo. Luego, te vas a decirle a tu mujer que prepare un buen almuerzo… Y llamas al señor Mac Pherson, para que venga aquí y nos adelante la lectura del testamento. Queremos saber de cuánto dinero vamos a disponer para celebrar la muerte de tío Harry.

—Yo creo —dijo Wade—, que te estás pasando, Mark, En cuanto al señor Mac Pherson, no sé si está autorizado para acceder a vuestra petición.

—De todos modos, que venga —insistió Mark—. Cítalo para las dos y media o las tres, Milton. Lo invitaremos a café y coñac. ¡Un día es un día…!

CAPÍTULO III

—No tendría que hacerlo —dijo el notario, Mac Pherson—, pero a fin de cuentas, ustedes son sus únicos herederos, así que…

—Al grano —cortó Oswald.

—Es muy sencillo, señor Morris —lo miró Mac Pherson—. Aparte de pequeñas cantidades, el señor Cavendish lega su fortuna por partes iguales a todos sus sobrinos, es decir, a ustedes cuatro.

—¿Cómo, cuatro? —saltó Mark—. ¡Somos cinco!

—No señor —desvió el notario la mirada hacia él—. El señor Cavendish no contaba a su esposa de usted como heredera. Evidentemente, para usted y su esposa hay una de las cuatro partes.

—¡Hasta el último momento ha tenido que sacarse una cochinada de la manga!

—Pues yo creo que es lo justo —dijo Wade—. Lo normal es que los demás también nos casemos algún día, y entonces resultaría que tu cónyuge habría salido beneficiada y los nuestros no, Mark. En resumen, tú te llevarías dos veces más que nosotros.

—Wade tiene razón —le apoyó Vivian—. Y si pones las cosas difíciles, esta misma tarde voy a casarme con Bob, y así también me llevo yo dos partes.

—Pues no estaría de más que te casases —rió Oswald—. ¿Cuánto hace que vives con Bob?

—¿Y a ti qué te importa?

—Por cierto —preguntó Maris—: ¿dónde está tu… novio, Viv?

—Tiene cosas mejor que hacer, que venir a ver muertos. Bien, ya sabemos lo que queríamos, podemos respirar tranquilos. ¿Cuánto nos corresponderá a cada uno más o menos, señor Mac Pherson?

—Alrededor de ochocientos mil dólares.

—¡Dios…! —jadeó Mark.

Sophie Kenesaw, a la que Wade no había dejado marchar por si decidía regresar a Nueva York, respingó al hacer automáticamente la cuenta facilísima de multiplicar ochocientos mil dólares por cuatro, y miró a Wade que le correspondió con una plácida sonrisa.

—Aparte, claro, hay otras cosas —murmuró Mac Pherson—: terrenos, acciones, bonos del Estado… La cantidad dicha casi quedará doblada, si ustedes deciden liquidar todo eso.

—¡Claro que…! —empezó Oswald.

—Cálmate —pidió Wade—: antes de tomar esa decisión, será mejor que yo eche un vistazo a todo eso. Al fin y al cabo, no nos lo vamos a gastar todo, ¿verdad? Y seguramente tío Harry lo tenía muy bien invertido.

—Bueno, tú eres el lince, para estas cosas. Yo estoy de acuerdo.

—Y yo —dijo Mark—. A fin de cuentas, con ochocientos mil dólares en efectivo ya podremos pegamos la gran vida. Pienso…

—¿Puedo subir a ver el cadáver? —pidió Mac Pherson.

—¿Para qué, hombre? —Respingó Oswald—. ¡Demonios, qué morboso es usted! Pero ya que hablamos del cadáver…, ¿no tendrían que haber venido ya los de la funeraria para llevárselo?

—Es verdad —asintió Vivian—. Son ya casi las tres y media ¿Llamaste a la funeraria, Milton?

—Sí… Sí, señorita. Sí, naturalmente…

—Pero, ¿qué le pasa a éste? A cada minuto está más nervioso.

—Debe ser porque no lo ha mencionado el señor Mac Pherson como beneficiario de este maná. ¿No hay nada para Milton, señor Mac Pherson?

Phileas Mac Pherson, hombre de unos cincuenta años, reposado, gordito, serio, meticuloso, estaba cada vez más molesto. Ciertamente, no era la primera vez que veía parientes que, en el fondo, se alegraban de la muerte del familiar que había hecho testamento a su favor, pero, en esta ocasión, la situación estaba derivando poco menos que hacia una fiesta familiar, demasiado evidente.

—Debo marcharme ya —dijo, poniéndose en pie—. Les avisaré para la lectura formal del testamento.

—Podríamos llevar una banda de música —propuso Oswald.

—¿No quiere otra copa de coñac, señor Mac Pherson? —propuso Vivian.

—No, gracias. Tengo casi treinta millas de camino hasta Manhattan, y prefiero no beber más.

—Muy bien hecho —aprobó Mark—. Ya le diremos con exactitud cuándo sepultamos al viejo, por sí quiere…

—¿Hay algún entierro? —preguntó alguien, en la puerta del salón.

Todos miraron hacia allí vivamente, sobresaltados. Milton y el doctor Dovershire estaban impresionados, pero no sorprendidos. En cambio, Sally lanzó un alarido, y se desvaneció en el sillón, Sophie Kenesaw lanzó un alarido, poniéndose en pie de un salto.

—¡Señor Cavendish! —gritó con voz aguda.

A Vivian se le escapó la copa de coñac de la mano, y se hizo añicos sobre la alfombra. Wade, Mark y Oswald, lívidos, miraban al recién llegado, petrificados por el pasmo y el espanto. El notario, que también había respingado y palidecido, enrojeció, de pronto, y se quedó mirando hoscamente a Harry Cavendish, que estaba en el umbral del salón, en pijama, sonriente, divertidísimo, a pesar de la blancura sospechosa de su rostro.

—¿Qué significa esto? —jadeó Mac Pherson—. ¿Qué clase de broma estúpida me han gastado ustedes?

—¿Qué tal, Phil? —saludó el «cadáver».

—Me parece —dijo, con voz tensa Wade—, que la broma nos la han gastado a todos, señor Mac Pherson.

—Pe-pero… ¡está vivo! —chilló Oswald.

—¡Exijo una explicación! —chilló Mac Pherson.

Harry Cavendish señaló hacia el sillón que ocupaba la mujer de su sobrino Mark.

—Será mejor que le echéis un vistazo a esa pobre chica: se ha desmayado… ¡Ji, ji, ji!

La risita de Harry Cavendish pareció sacudir físicamente a todos. Mark dio un paso hacia él, lívido a más no poder, cerrando los puños.

—¡Si tendrá mala uva el…!

—Tranquilo. —Wade lo asió por un brazo—. Vamos a reanimar a Sally. No creo que tenga importancia, pero…

—¡Que no tiene importancia…! —vociferó Mark—. ¡Está esperando un hijo!

Las palabras de Mark Cavendish quedaron vibrando en el aire.

Wade se pasó la lengua por los labios, y tiró de su primo hacía la desvanecida Sally. Sophie Kenesaw se dejó caer de nuevo en el sillón. Oswald y Vivian miraban a Harry Cavendish con expresión iracunda… El notario miró al nerviosísimo mayordomo.

—Sírvame una copa de coñac —susurró—. Por favor.

—Y otra para mí —dijo el «cadáver».

Naturalmente, el doctor Dovershire se había apresurado a acudir junto a Sally, a la que reanimaron sin gran dificultad. La muchacha miró al techo, parpadeó, y gimió:

—¿Dónde…? ¡Tío Harry!

Intentó ponerse en pie," pero Dovershire se lo impidió.

—Es mejor que se quede así unos minutos, señora Cavendish —musitó—. De haber sabido que estaba usted embarazada no me habría prestado a este juego absurdo.

—¿Juego? —masculló Mark—. ¡Va a saber usted lo que es bueno, amiguito! ¡Le voy a denunciar al Colegio de Médicos!

—Tranquilízate, Mark —pidió Wade.

—¡Vete al demonio! —aulló Mark—. ¡Este tipo ni siquiera sabe cuándo una persona está muerta o no, así que voy a denunciarlo! ¡Y como esto tenga consecuencias para Sally, lo mato!

—Vamos, Mark…

—¡Que lo mato, lo juro! —Se volvió hacia Harry Cavendish, que esperaba plácidamente su copa de coñac—. ¡Y a ti también te voy a matar, mala bestia!

Harry Cavendish lo señaló cómicamente con un dedo, y dijo, jocosamente:

—Desheredado.

Fue como pinchar a una fiera con un hierro al rojo: Mark saltó hacia su tío, y, de no haber mediado Oswald y Wade, a buen seguro que la cuestión habría tenido un desenlace harto desagradable. Sujeto por ambos brazos, Mark se lanzó a una auténtica carrera de insultos, a cual más sustancioso, contra Harry Cavendish, que seguía sonriendo divertidísimo. Tuvo que ser la propia Sally quien, poniéndose en pie, tomase de un brazo a su marido, para llevarlo hacia el sofá. Se sentó a su lado, asegurándole que estaba bien, y que se calmase…

Wade miró a Sophie Kenesaw, fruncido el ceño.

—¿Usted también ha tomado parte en la broma, señorita

Kenesaw?

La muchacha comenzó a tartamudear de tal modo, que nadie la entendió. Fue el propio Harry Cavendish quien aclaró la situación, alzando su copa de coñac.

—La señorita Kenesaw ha obrado de buena fe, querido Wade. Te aseguro que ella no sabía nada de nada. Fue una broma ideada por mí y en la que me ha secundado Dovershire. Y naturalmente, Milton y Rebeca.

—Ahora comprendo por qué estaban tan nerviosos —masculló Oswald.

—Como broma, me parece bastante estúpida —dijo Wade.

—Son puntos de vista —rechazó Harry Cavendish, con un gesto elegante, sentándose en un sillón—. A mí me ha parecido una experiencia altamente interesante.

—Parecías muerto —susurró Vivian—. ¡Y deberías estarlo!

Harry Cavendish bebió un sorbito de coñac, y señalo a su sobrina.

—Desheredada —dijo.

—Así revientes —deseó Vivian.

—Para que luego digan que no existe la telepatía —masculló Oswald—: ¡precisamente eso es lo que te estaba deseando yo, tío Harry! ¡Que revientes!

—Pues hijitos, hay para tiempo, porque tengo sólo sesenta y dos años, y una salud de hierro, como suele decirse. Salud, dinero… y humor —se echó a reír de nuevo—. ¡Mucho humor! Y una persona que tiene tanto humor necesita diversiones. Se me ocurrió ésta. ¿Qué pasaría si yo me muriese? Y cuantas más vueltas le daba a la pregunta, más intrigante me parecía la cosa… Al final, me decidí a poner en marcha la broma. Me maquillé debidamente, nos pusimos de acuerdo mis criados y yo con el doctor Dovershire, que tenía la principal misión de impediros que os acercaseis demasiado a mí, por si no conseguía contener bien la respiración… En fin, todo eso. ¡Oh! Además, instalamos un micrófono en el salón, y un altavoz en mi dormitorio, de modo que no sólo oí lo que dijisteis allí, sino lo que habéis estado hablando aquí. También hay otro micrófono en el comedor, claro… ¡Lo he pasado divinamente! ¡En toda mi vida me había reído tanto!

Mac Pherson frunció el ceño.

—Francamente, señor Cavendish…

—Vamos, Phil, no se lo tome así. Ha sido una simple broma. ¿Es que no tiene usted sentido del humor?

—Caramba, creo que sí, pero… Bueno, en mi opinión, usted se ha pasado de la raya, señor Cavendish.

—¿Eso cree? Yo digo que no. Ha sido una experiencia muy, muy, muy interesante. Tenía la bien fundada sospecha de que mis sobrinos no me querían, pero lo que he oído ha rebasado todas mis suposiciones. Cualquier otro estaría deprimido después de oír lo que yo he oído. Pero yo, no. No, señor… En realidad, he conseguido lo que quería: estar seguro de lo que sienten mis sobrinos hacia mí. Creo que todos los que tienen dinero y herederos, deberían realizar la misma experiencia. Con toda seguridad, variarían los términos de sus testamentos. Y naturalmente, eso es lo que voy a hacer yo, después de un día tan divertido. ¿Le parece bien que le visite mañana temprano en su despacho?

—¿Piensa modificar su testamento?

—¿Modificarlo? ¡Demonios, pienso cambiarlo completamente! Voy a designar un solo heredero, que podría ser Wade. Es el mejor.

Durante unos segundos, reinó el silencio en el lujoso salón. De pronto, Mark se puso en pie, tirando de una mano de su esposa.

—Vámonos, Sally.

—Yo también me voy —dijo Vivian.

—Y yo —gruñó Oswald.

—¿No os quedáis a intentar convencerme de que estabais bromeando? —preguntó Harry Cavendish.

—No estábamos bromeando —deslizó fríamente Oswald—. En cuanto a tu dinero, ya sabes dónde puedes metértelo.

—No pensabas así cuando Mac Pherson te dijo que te correspondían ochocientos mil dólares, querido Oswald.

—Que te pudras, sarnoso.

—Ji, ji… ¡Ji, ji, ji!

Oswald apretó los puños, pero se dirigió a toda prisa hacia la puerta. Mark, Sally y Vivian se fueron tras él… Se oyó el tremendo portazo de la puerta de la casa.

—¿Y tú no te vas? —Miró Harry a Wade Cavendish.

—Ya he perdido la mañana, y per las tardes no trabajo.

—¡Oh! Parece que vives cómodamente, ¿eh?

—Sólo agradablemente.

—Eres un ser afortunado, Wade, Supongo que todavía me guardas rencor.

—En absoluto. Más bien te había olvidado, tío Harry.

—¿Sabes una cosa? Tú no has dicho demasiadas barbaridades, Wade. ¿Qué te parecería si te nombrase único heredero?

—Me tiene sin cuidado.

—Podríamos hablar un rato tú y yo, ¿no te parece?

—No tengo el menor interés en ello. ¿Puedo decirte algo con sinceridad, tío Harry?

—¡Hombre, claro! ¿Qué es ello?

Wade se plantó ante el sillón que ocupaba su tío, estuvo unos segundos mirándolo fijamente, y, para sorpresa de todos, acabó por sonreír.

—Tío Harry —sentenció—: eres y has sido siempre un cabrito. ¡Qué te vaya bien…, cabrito!

Sophie había respingado. Los demás miraban sobresaltados a Wade, que se dirigió hacia la puerta del salón…

—¡Ji, ji, ji! —rió Harry Cavendish—. ¡Has dado en el clavo, muchacho, soy un cabrito!, ¡un auténtico cáprido, vamos! ¡Ji, ji…! Pero no te vayas, hombre: quiero hablar contigo. En privado.

—Yo me iba ya —respingó Mac Pherson.

—Pues hasta mañana, Phil —siguió riendo Harry Cavendish—. A primera hora, recuerde. Dovershire, usted también puede irse. Y no se preocupe por la broma: no pasará nada.

—Yo… Yo también me voy… —dijo Sophie.

—¿Y quién me lleva a Nueva York? —Gruñó Wade.

—Espere a mi sobrino afuera, Sophie, ¿quiere? —sonrió Harry, guiñando un ojo—. Es un muchacho atractivo, ¿no le parece?

Sophie Kenesaw miró a Wade, parpadeó, y se dirigió a la puerta, seguida por Mac Pherson y Dovershire, que no parecía muy satisfecho del resultado final de la broma. Harry Cavendish miró a Milton, y éste comprendió, abandonando también el salón.

En el espacioso vestíbulo, el notario, sin dejar de caminar, dirigió una mirada de reojo al médico.

—¿Cómo es posible que se haya prestado usted a esto, Dovershire? Puede costarle muy caro.

El médico se pasó un pañuelo por la frente.

—Al fin y al cabo —balbuceó—, no he firmado ningún certificado de defunción… Ha sido sólo una broma. Me lo exigió de tal modo que no pude negarme.

—En lo que a mí respecta, no voy a complicar la vida a usted, desde luego —contemporizó el notario—. Pero no me extrañaría nada que los sobrinos de Cavendish la complicasen todo lo que esté en su mano. Francamente, ha sido una broma muy pesada.

—Y la señora Cavendish está esperando un niño —intervino tímidamente Sophie—. Podía haberle ocurrido algo grave, ¿no cree?

—No sabía eso —tartamudeó Dovershire—. ¡Les juro que no lo sabía!

—En fin, ya está hecho. —Mac Pherson sonrió, de pronto—. Desde luego, Harry Cavendish es todo lo que ha dicho Wade y más, de eso no cabe la menor duda. Hasta la vista.

Habían salido ya de la casa. El notario fue hacia su coche, lo puso en marcha, y partió. En el amplio pórtico quedaron Sophie y el médico, éste más profundamente preocupado a cada instante. Parecía tener los pies clavados al suelo.

—Bueno… Si prefiere marcharse, señorita Kenesaw, yo mismo llevaré a Wade a Nueva York.

—¡Oh, no!

—Sólo pretendo evitarle una molestia.

—Pues… sucede que… que no es una molestia. Lo esperaré.

—Me permito insistir, ya que…

No valía la pena insistir. La puerta de la casa se abrió, y Wade apareció en el pórtico. Los dos lo miraron, asombrados. Wade dirigió una colérica mirada a Dovershire, tomó del brazo a Sophie, y comenzó a arrastrarla hacia su coche, prácticamente. Se volvió de pronto, y señaló a Dovershire con un dedo.

—Esto no ha terminado, doctor Dovershire —masculló.

—Pero yo…

Wade siguió caminando. Segundos después, estaba en el coche, sentado junto a Sophie, que le miraba con los ojos muy abiertos. Wade encendió un cigarrillo, la miró, sonrió, y se lo tendió.

—¿Puma usted, señorita Kenesaw?

—Sí… Sí, gracias.

Wade encendió otro, dio un par de chupadas, pensativo, y finalmente refunfuñó algo por lo bajo, rascándose furiosamente la

cabeza.

—¿Qué dice usted? —se interesó Sophie.

—Digo que está como una cabra. Mi tío, claro.

—¿Además de ser un cabrito?

Se quedaron mirándose. De pronto, Wade quedó serio, miró a la muchacha de arriba abajo y viceversa, y finalmente se quedó mirando sus rodillas, deliciosamente expuestas gracias a la falda cortita.

—Tiene usted unas piernas tremendas, Sophy —dictaminó.

—Y eso que no las ha visto bien —rió ella.

—Es cierto. ¿Habría alguna posibilidad de…?

—Claro que sí.

—¡Ah…! Magnífico. ¿Vamos a su apartamento o al mío?

Sophie Kenesaw le miró maliciosamente, y guiñó un ojo.

—Te voy a llevar a un sitio mucho mejor —aseguró.

CAPÍTULO IV

—Bueno, adiós —mascullό Wade.

—¿No vas a besarme? —susurró ella.

—¿Para qué? —Gruñó él—. No me sorprendería nada que cuando estuviese a punto de tocar tus labios apareciese una raqueta de tenis en medio. Y no me gusta besar raquetas.

—Todavía estás enfadado —rió Sophie—. ¡Es estupendo!

—Sophy; si no fueses una mujer, te partiría la cara ahora mismo. Es decir, te la habría partido hace ya mucho rato.

—Vamos, Wade… —Ella le tomó una mano, y se la llevó a una mejilla—. Al fin y al cabo, mi broma ha sido menos pesada que la de tu tío. ¿Acaso no lo has pasado bien?

—Podríamos haberlo pasado mejor.

—Hay tiempo para todo… Y, a fin de cuentas, has visto mis piernas, ¿no es cierto?

—Eso sí —admitió él.

—¿Y…?

—Absolutamente tremendas, de arriba abajo.

—Pero no te gusta el tenis —rió la muchacha.

—No parece fácil enfadarse contigo, la verdad —acabó por sonreír Wade—. O quizá yo sea un memo. Me dices que vas a enseñarme las piernas, y que vamos a ir a un sitio mejor que uno de nuestros apartamentos…, y me llevas a tu club de tenis. ¡Claro!, te pones la faldita, y yo veo tus piernas. Palabra cumplida. Pero luego me haces jugar un partido de dobles con tus amigos…

—Les hemos ganado.

—Algo es algo. Pero a mí me gusta más el boxeo que el tenis. Y esta tarde, por culpa del tenis, no he hecho mi media docena de asaltos. Joe debe pensar que me he muerto, o algo así. ¡Y todo por

correr detrás de unas pelotitas!

—¿Detrás? —Lanzó una carcajada Sophie.

Wade alzó las cejas, desconcertado. Volvió a sonreír, de oreja a oreja.

—Oye, tienes chispa, de veras.

—Entonces, no lo has pasado mal conmigo, ¿verdad?

—Pues… No. La verdad es que no. Me ha hecho gracia jugar al tenis, lo he pasado bien en aquel club, y la cena ha sido estupenda.

—Y me ha costado menos que la multa —rió, de nuevo, Sophie.

—Eres una chica estupenda. Pero como ya estamos delante de mi mansión aristocrática, y supongo que no quieres subir a tomar una copa, digámonos adiós. Gracias por traerme.

—¿Y por nada más?

—Mmm… Gracias por el tenis, el baile, la cena… Gracias por todo.

—¿No quieres volver a ver mis piernas?

—Reflexionaré sobre el asunto, esta noche. Bueno —miró su reloj Wade—. ¡Caracoles, si son las doce y media! Hasta la vista, Sophy.

—Wade…

—¿Sí?

—No seas rencoroso. Por favor…

Wade Cavendish se quedó mirando a Sophie en la oscuridad del coche, rota por manchas azuladas de la iluminación de la calle de Greenwich Village donde tenía su apartamento, ante el cual se habían detenido, por supuesto en doble fila. Precisamente, delante del coche de Wade, que éste había señalado remarcando la capa de polvo que lo cubría, pero asegurando que el motor todavía funcionaba la última vez que lo puso en marcha, un par de semanas atrás…

—Por favor…, ¿qué?

—¡Wade, si no me besas voy a gritar!

—No me gusta molestar a mis vecinos —aseguró Wade.

Cuando la apretó contra su pecho, Wade Cavendish tuvo la sensación de que Sophie Kenesaw había sido hecha como complemento a su complexión anatómica, tal fue la perfección del contacto. Y cuando la besó en los labios…

* * *

—Wade…

—¿Mmmm?

—Wade, creo que es muy tarde ya. Y mañana los dos tendremos acumulado el trabajo de hoy.

—¡Oh! Es pronto… ¡Es pronto!

Sophie rió, y mientras él seguía besándola en el cuello, alzó un bracito, y vio la hora en su reloj de pulsera, colocándolo a la luz de la calle…

—¡Wade! —Respingó—. ¡Las dos menos cuarto!

—¿Qué?

—¡Las dos menos cuarto!

—Que no, mujer. Tu reloj va mal. ¡Si hace un momento eran las doce y media…! A ver…

Wade Cavendish miró su reloj, y se quedó boquiabierto. Movió la cabeza, se rascó la nuca, y volvió a abrazar a Sophie. La besó en la boca una vez más, y ella le rodeó el cuello con los brazos, gimiendo dulcemente…

Wade la separó bruscamente.

—O subes, o te vas, Sophy —gruñó.

—Adiós, Wade.

—Adiós.

Wade Cavendish salió del coche precipitadamente… Tanto, que se dio de bruces contra el suyo y rebotó contra la portezuela. Sophie rió quedamente, y él se asomó al interior, con simpática expresión de mal genio.

—Mañana mismo me vendo este trasto. ¡Para lo que me sirve!

—Es una buena idea. Adiós, mi amor.

—¿Quieres que nos casemos este fin de semana?

Sophie Kenesaw rió una vez más, puso en marcha el coche, y partió. Wade estuvo mirando el vehículo hasta que desapareció. Se volvió hacia su coche, y le dio un puntapié a una de las ruedas.

—¿Qué te parece? —refunfuñó—. Si te hubiese tenido a ti en servicio, esto no habría pasado. Mañana te vendo, montón de chatarra.

Se metió en el portal, y subió a su apartamento, que ocupaba el único piso encima del gimnasio. Es decir, la mitad de encima. La otra mitad estaba destinada a solario, donde, ciertamente, Wade

Cavendish solía broncearse a conciencia… Pero rió a las dos de la madrugada.

Entró en el apartamento, encendió la luz, y se fue directo a la cocina, sin encender la luz de la sala de estar. Del frigorífico tomó un botellín de tónica, que se sirvió con un par de cubitos de hielo. Dio un par de pasos hacia la puerta de la cocina, pero de pronto giró completamente, y se acercó a la estrecha puerta que daba al descansillo de la escalera que bajaba al patio interior. Por un momento pensó en bajar al patio, saltar al interior del gimnasio por una de las ventanas, y llamar a Joe, para decirle que no se había muerto. Pero a Joe, que debía estar durmiendo en su apartamento junto a su regordita y simpática esposa, la broma le haría la misma gracia que a él la de tío Harry…

—El muy bestia —se dijo.

Hacía una noche estupenda.

Se sentó en el descansillo, encendió un cigarrillo, y se dedicó a beber agua tónica, a fumar y a pensar. Desde luego, no necesitaba para nada el dinero de tío Harry, así que tanto el dinero como la propuesta que le había hecho podía metérselo allá donde Oswald tan claramente había sugerido. Por su parte, tenía un trabajo que le estaba empezando a funcionar a las mil maravillas, muy independiente, con formidables golpes de fortuna. Por ejemplo, tres semanas antes, en una sagaz jugada de bolsa había ganado nada menos que siete mil dólares… Se dice muy pronto: siete mil dólares…

—Al demonio el dinero —rechazó—. Me voy a dedicar a pensar en Sophy.

Al parecer, la cosa valía la pena, porque Wade terminó el cigarrillo y la tónica, continuó allí. Sí, señor, una estupenda noche, tibia, tranquila… Dio tal cabezada que estuvo a punto de caer por la escalera de madera que descendía al patio. Se sentó bien, estiró los párpados, se pasó las manos por la cara, y acabó mirando su reloj. ¡Atiza, las tres menos veinte! Se había dormido allí.

Menos mal que se había despertado.

Pero, ¿por qué se había despertado?

Justo entonces, volvió a oír un ruido tras él, es decir, dentro del apartamento. Un ruido que le sugirió un mueble al ser desplazado bruscamente unos centímetros. Como si alguien hubiese chocado

con un sillón…

Volvió vivamente la cabeza, más sorprendido que asustado.

—¿Quién hay ahí? —preguntó, alzando la voz.

Silencio.

Silencio absoluto.

Wade Cavendish apoyó una mano en el suelo, y giró, para ponerse en pie, insistiendo:

—¿Hay alg…?

Plop, oyó el chasquido del disparo con silenciador, en la puerta de la cocina.

Una bala chascó sobre su cabeza, con seco ¡crac!, al mismo tiempo que veía el fogonazo anaranjado en el rostro fantasmagórico de un hombre.

Respingando, Wade se puso en pie de un salto, y se lanzó escaleras abajo, mientras la cocina volvía a iluminarse con aquella luz anaranjada, y otra bala salía hacia el patío, donde rebotó contra algo duro.

En realidad, Wade Cavendish no se lanzó escaleras abajo, sino que saltó el tramo de un salto, con tal ímpetu que acabó de rodillas en el suelo. Miró hacia arriba, muy abiertos los ojos, y comprendió que la cosa no podía terminar así. Se incorporó, corrió hacia las ventanas traseras del gimnasio, y se dispuso a saltar al interior de éste, siempre mirando hacia arriba. En el momento en que comenzaba a aparecer el hombre, Wade saltaba dentro del gimnasio con un solo movimiento, agilísimamente.

Se dirigió a todo correr hacia la puerta, mientras tras él oía el resonar de los peldaños de madera bajo los pies del hombre. Estaba ya cerca de la puerta cuando oyó el rumor del hombre al saltar también dentro del gimnasio, y en el acto comprendió que si abría la puerta, la luz de la calle que llegaba al zaguán lo recortaría en la abertura, así que desvió la marcha, y se zambulló en el suelo, deslizándose por éste.

Su cabeza chocó con algo blando, frenándolo. Se quedó inmóvil, sin respirar, pero notando los fortísimos latidos de su corazón en todo el cuerpo. Tan fuertes que en el súbito silencio, se dijo que el hombre de la pistola con silenciador forzosamente tenía que estar oyéndolos.

Pero no parecía que fuese así.

Se pasó una mano por la cara, y la notó helada. Justificado, desde luego: acababa de llevarse el gran susto de su vida.

Por supuesto, ni siquiera se le ocurrió que aquello fuese otra «broma». Allí dentro, en el gimnasio, había un hombre armado esperando que él se descubriese, para matarlo. La bala que había pasado por encima de su cabeza no podía ser una broma, a menos que alguien considerase que el gran riesgo que había implicado aquel disparo no tenía importancia, cosa que cabía dudar.

No señor: no era una broma.

«No sabe dónde está el interruptor de las luces —se sorprendió Wade pensando con lucidez y serenidad—. Por lo tanto, no es nadie relacionado con el gimnasio».

No podía serlo, por una razón muy sencilla: en el Joe's Gym, todos estimaban sinceramente a Wade Cavendish. Lo sabía con toda seguridad, así que rechazó esta idea.

En el silencio y quietud del gimnasio, Wade Cavendish, encogido en el suelo, comenzó a hacer cábalas, sin proponérselo. Simplemente, por instinto, buscaba una explicación a aquello, no podía evitar pensar en ello.

Tampoco le parecía posible que alguien relacionado con su trabajo quisiera matarle… Además, había visto un instante la cara de aquel hombre, y estaba seguro de que no lo conocía, jamás lo había visto antes. ¿Quién era, de dónde había salido, cómo había podido entrar en su apartamento…?

Ñiiiiiiic, crujió un zapato.

Wade lanzó un respingo, alzó la cabeza, y vio la silueta junto a él, a su derecha, hacia la espalda. Se tiró rodando hacia delante, y la bala crujió contra el suelo, rebotando agudamente, mientras otro destello de luz anaranjada iluminaba al desconocido. Wade se puso en pie, para lanzarse seguidamente hacia debajo del cuadrilátero, que había visto al resplandor del disparo. Otra bala fue en pos de él, rozando su costado derecho esta vez. Entre esto, y el choque que tuvo con algo que había bajo el cuadrilátero, lanzó un irreprimible alarido, chocó de nuevo con algo más, se mordió los labios para no gritar esta vez, y acabó saliendo por el otro lado, deslizándose de vientre por el suelo.

En alguna parte, no supo dónde, oyó los rápidos pasos del

desconocido.

Se puso en pie, se volvió…, y chocó de cara contra el hombre, que lanzó un respingo de sorpresa y alarma.

Wade Cavendish lanzó otra cosa: su puño derecho.

¡Ploc!, resonó el tremendo directo. Y tan sólo por el sonido, supo que había acertado al hombre en el pecho. Oyó el gemido de dolor, y en seguida, el impacto del cuerpo del desconocido contra el suelo. Y otro sonido, más breve: la pistola. ¡El tipo aquel había perdido la pistola!

Wade no se lo pensó demasiado. Se lanzó hacia donde había oído caer al hombre, y en efecto, se dio de cara contra uno de sus hombros, mientras el otro se estaba levantando. Tras el rebote, los dos volvieron a caer, pero Wade ya estaba lanzado. A puñetazos no le tenía miedo ni al mismísimo Cassius Clay.

Volvió a caer sobre el hombre, y esta vez le sujetó por la ropa con la mano derecha.

¡Croc!, crujió su puño izquierdo en pleno rostro del asesino. Le golpeó de nuevo, ahora en el estómago. De nuevo en el estómago…

Oyó el chasquido de una navaja de muelles, y un escalofrío recorrió su cuerpo.

Esta vez, el zurdazo fue tan fuerte, tan espantoso, que ni siquiera pudo retener entre sus dedos la ropa del desconocido, que salió disparado hacia atrás, cayó de espaldas, se deslizó por el suelo, y… silencio.

Wade se inclinó y tanteó hasta encontrar la pistola. Al dar un paso hacia donde calculaba que estaba el otro, tropezó con la navaja, y también la recogió. Unos pasos más allá, tropezó con el cuerpo tendido del asesino. Lo asió por un pie, y lo arrastró hasta el pie de una de las ventanas, por las que entraba la claridad de las estrellas.

Dejando al hombre boca arriba, se arrodilló a su lado, y se quedó mirando el rostro, que parecía de color
azul-gris,
lívido. Le había hecho papilla la boca, y la sangre salía por un lado. Por lo menos se había tragado media docena de dientes.

Le tocó un lado de la cara…, y la cabeza fue hacia el otro lado, como si fuese de goma.

Segundos después, tras auscultar al hombre, Wade palidecía

intensamente: estaba muerto.

—¡Por Dios…! —jadeó.

Se dejó caer, quedando sentado junto al cadáver.

Sencillamente, no podía creerlo. Allí estaba él, un hombre pacífico, honrado, tranquilo, junto a un hombre al que acababa de matar de un golpe.

No supo cuánto tiempo estuvo así, aturdido, hasta que volvió la cabeza hacia donde sabía que estaba el teléfono. Podía llamar a Joe. O a la policía.

—Si llamo a Joe, le doy un susto para siempre. Si llamo a la policía, meto a Joe en un lío… Y no digamos el lío en que me meto yo mismo. ¿Quién es este tipo, a fin de cuentas?: un sujeto que venía a matarme. De eso no tengo ninguna duda: venía a matarme… Y no es éste el momento de preguntarse por qué. Tengo que hacer algo, tengo que solucionar esto, sea como sea… ¡Y pronto!

Fue a los vestuarios, siempre sin encender la luz, y tomó una toalla cualquiera. Regresó junto al cadáver, y le envolvió la cabeza con la toalla, anudándola; no era cosa de mancharse de sangre, desde luego.

Se cargó el cadáver en un hombro, fue a la puerta del gimnasio, y la abrió. La dejó entornada solamente, y salió a la calle, dirigiéndose a toda prisa hacia su coche. Sacó el llavero del bolsillo, seleccionó la del coche, y abrió la puerta delantera derecha. Metió la mano, alzó el pestillo de la de atrás, la abrió, y tiró el cuerpo a los pies del asiento. Cerró las portezuelas, rodeó el coche, y abrió la del volante…

En ese momento, a su derecha, hacia el extremo de la calle, sonó el zumbido de un motor.

Wade volvió vivamente la cabeza, y alzó los brazos, para protegerse los ojos cuando las luces largas de un coche le dieron de lleno. El motor zumbaba con fuerza, acercándose. Respingando, se metió dentro del coche, cerró la portezuela, y sacó del bolsillo la pistola del asesino.

El otro coche estaba ya junto al suyo, a menos de tres metros, frenando en seco. Un hombre se apeó a toda prisa, esgrimiendo una pistola y apuntó hacia el coche de Wade.

Otro fogonazo anaranjado.

¡Boíiiinngggg!, vibró la carrocería del coche de Wade. Éste lanzó una maldición, bajó rápidamente el cristal de la ventanilla, sacó por allí la pistola, y disparó hacia el hombre. Oyó el alarido de dolor en seguida, el hombre volvió a meterse en el coche, que partió con fuerte rechinar de neumáticos, perdiéndose por la otra punta de la calle, apagando las luces.

—¡La madre que…! —jadeó Wade, demudado—. Pero, ¿qué está pasando?

Por fortuna, no había nadie en la calle, cosa muy normal a las… Miró su reloj. Las tres y media. De pronto, se dio cuenta de que había visto perfectamente la matrícula de aquel coche, un «Dodge» de color oscuro; seguramente, granate. No la olvidaría… La idea de llamar a la policía cruzó de nuevo por su mente.

Pero, por fin, Wade Cavendish puso su coche en marcha tras darle varias veces al contacto, maniobró para separarlo del bordillo, y se alejó…, aunque todavía no sabía hacia dónde.

Hacia las cinco y cuarto de la mañana, regresó. Dejó el coche en otro sitio, y corrió al gimnasio, donde se dedicó a borrar algunas manchas de sangre que la rota boca del asesino había dejado en el piso.

Regresó a su apartamento por el patio interior. A las cinco y media pasadas, Wade Cavendish entraba en su dormitorio. Se sentó en el borde de la cama, y movió la cabeza.

Tenía la desagradable impresión de que había cometido una estupidez no avisando a la policía.

CAPÍTULO V

De muy, muy lejos, llegó el zumbido del timbre. De tan lejos, que no hizo caso. Pero, a los pocos segundos, el timbre volvió a sonar.

Wade se sentó en la cama, y se pasó las manos por la cara, soltando un resoplido. También eran ganas de fastidiar, a aquellas horas de la mañana… Miró su reloj, y respingó al ver que eran casi las diez.

—¡Demonios!

Saltó de la cama, y salió del dormitorio cuando el timbre volvía a sonar. Refunfuñando, llegó a la puerta, y abrió, esta vez sin reparar siquiera en que estaba en pijama completo.

—Sophy —se pasmó—. ¿Qué pasa ahora?

La muchacha entró, cerró la puerta, y se quedó mirándolo fijamente. Estaba asustada.

—Wade —balbuceó—, tu tío ha muerto.

—¡Hombre, no! ¡Otra vez, no, Sophy!

—¡Es verdad! ¡Esta vez es verdad! Me ha llamado su criado para notificármelo… ¡Estaba muy asustado!

Wade abrió la boca, dispuesto a soltar unas cuantas palabrotas, pero se quedó así, con la boca abierta. En un instante, lo que le había sucedido hacía pocas horas vino a su consciencia.

—¿Cómo ha muerto? —susurró, por fin.

—¿Qué?

—Está bien, me visto ahora mismo. ¿Has traído el coche, claro?

—Sí… Por cierto, no he visto el tuyo afuera.

—Lo he vendido.

—¿Cuándo? —se sorprendió Sophie.

—Cuando me ha dado la gana —gruñó Wade—. Estoy listo en dos minutos. No voy a afeitarme… ¿Has avisado a los demás?

—Sí; por teléfono, ya sabes.

—Supongo que ya han salido para allá.

—Lo dudo. Me han dicho que me fuese a un sitio. Todos. Quizá si los llamases tú…

—Ya arreglaremos eso.

Cuatro minutos más tarde, salían del edificio. Naturalmente Sophie había estacionado el coche en doble fila. Y no menos naturalmente, el policía de tráfico Craig estaba allí. Los miró llegar, terminó de extender su facturita, y se acercó. La tendió a Wade, sonriendo.

—Buenos días, señor Cavendish.

—Hombre, Craig…

—¿Qué pasa? —se sorprendió el hombre—. ¿La ley no es la ley, hoy?

Refunfuñando, Wade pagó la multa, y se dirigió hacia el coche, donde ya le esperaba Sophie con el motor en marcha.

—Caramba, señor Cavendish —sonrió más ampliamente Craig—: yo diría que este planillo le va a salir un poco caro. ¿Por qué no le dice a la señorita que venga en el Metro?

Wade se dejó caer en el asiento, cerró la portezuela, y señaló hacia delante.

—¿Qué pretendes? ¿Arruinarme? —Gruñó.

—No había otro sitio… ¡Y esta vez he estado muy poco rato!

—Ese Craig me las va a pagar… ¿Qué pasa, ahora?

Sophie, que ya había conducido unos cuantos metros, acababa de detener el coche, y miraba hacia los que estaban estacionados a su izquierda. Señaló hacia uno.

—¿No es ése tu coche?

—Si.

—Anoche no estaba ahí. ¿Has salido a algún sitio esta mañana?

—Seguramente. Pero no me he enterado, porque soy sonámbulo.

Sophie alzó las cejas, y lo miró, como reflexionando en busca de la gracia de la broma. No pareció que la encontrase, y continuó conduciendo.

—Como sea otra broma —musitó Wade—, tanto el doctor Dovershire como mi tío van a saber cómo las gasto.

* * *

Pero no.

Esta vez, no era una broma, tal como había temido Wade. Es más, las circunstancias de la muerte de su tío Harry encajaban perfectamente con lo que le había sucedido a él la noche pasada.

Harry Cavendish había muerto violentamente. Estaba tendido en la cama, boca arriba, con los ojos desorbitados, auténticamente lívido y rígido, muerto sin la menor duda. A su alrededor, la cama estaba salpicada de la sangre que había brotado de las tres heridas que, por el momento, aparecían visibles. Pero quizá tuviese más en el cuerpo, aparte de las dos sobre el corazón y el espeluznante tajo en la garganta. Wade adelantó una mano, para bajar más la ropa de la cama…

—No toque nada —dijo, tras él, el sargento Comager.

Wade retiró vivamente la mano, y se volvió hacia el policía.

—Lo siento —murmuró.

—El forense vendrá de un momento a otro, así como un equipo técnico. No dude que le informaremos con todo detalle, señor Cavendish.

—Sí… Claro. Por Dios…, ¡esto es horrible!

—Sin duda alguna. Sus primos no han llegado todavía.

—Bueno… Supongo que no tardarán.

—A lo mejor, se creen que es otra broma, y no están dispuestos a venir.

—¿Sabe usted lo de la broma de ayer?

—A falta de cosa mejor que hacer mientras espero, me he dedicado a charlar con el criado y su mujer.

—Entiendo.

—El doctor Dovershire tampoco ha venido. Y parece que tardaremos bastante en localizarlo, porque su teléfono no contesta: supongo que debe haber salido ya a hacer sus visitas domiciliarias.

—No sé. Pero si va a venir un médico forense, no entiendo para qué necesitan al doctor Dovershire.

—A decir verdad, señor Cavendish, tengo interés en conversar con todos los afectados de un modo u otro por la broma de ayer.

Wade frunció el ceño, y estuvo unos segundos pensativo, antes de murmurar:

—¿Cree usted que esto ha podido hacerlo alguno de nosotros?

—¿Usted no lo cree?

—Por supuesto que no. Entre mis conocidos no hay nadie que sea capaz de hacer una cosa así.

—Eso, señor Cavendish, nunca puede asegurarse.

—Pues yo lo aseguro.

—Debe ser estupendo tenerle como amigo. Creo que sería mejor que esperase usted abajo, en el salón.

Wade asintió. Miró de nuevo a su tic, y se estremeció. Esta vez, no había broma.

—¿No podríamos cerrarle los ojos? —susurró.

—No, señor. No podemos tocar nada.

Wade se apartó de la cama. Tomó a la impresionadísima Sophie por un brazo, y salieron del dormitorio. En el pasillo estaban Milton y su mujer, anonadados.

—Vamos todos al salón —murmuró Wade—. Desde allí, Milton, llama a mis primos… No, deja: yo mismo lo haré.

Las llamadas no dieron resultado alguno. Tras varios intentos y seguirles las pistas, los fue localizando a todos pero, con mejores o peores modales lo enviaron al infierno. Naturalmente, Wade insistió en que esta vez no se trataba de una broma sin gracia, pero la respuesta que obtuvo estableció muy claramente las posiciones:

—Mejor.

Sí. Era mejor… para todos los sobrinos de Harry Cavendish. El hecho de que éste hubiese muerto aquella noche implicaba que no había podido cambiar las disposiciones de su testamento. Es decir, que, salvo imprevistos, la fortuna de Harry Cavendish sería repartida entre sus sobrinos a partes iguales, de acuerdo al último testamento…, que no había tenido tiempo de anular.

Media hora más tarde, llegó Phileas Mac Pherson, el notario, que habló en seguida con el sargento de detectives Comager, el cual esperaba que el equipo técnico, llegado quince minutos antes que Mac Pherson, y el forense, terminaran su trabajo. El sargento Comager, evidentemente era una persona que sabía aprovechar el tiempo.

El notario se reunió con los demás en el salón después de hablar con el policía. Y pocos minutos después, Comager aparecía también en el salón, acompañado del médico forense.

—No va a ser fácil —suspiró el policía—. Murió hacia las dos y media de la mañana, según el doctor Crackens.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó Wade.

—Bueno… Las dos y media de la mañana es una hora en la que todo el mundo puede presentar una coartada muy razonable, señor Cavendish: si usted, o cualquiera, me dicen que a esa hora estaban en la cama, durmiendo, no tendré más remedio que creerles.

—¿Insinúa usted que alguno de nosotros pudo matar a tío Harry?

—Todos somos capaces de matar, en un momento determinado… ¿Le ocurre algo, señor Cavendish?

—No, no —musitó Wade—. Nada. Pero lo que usted insinúa…

—No he insinuado nada. Solamente he emitido una opinión. De todos modos, no se preocupe: sería absurdo sospechar de usted.

—¿Por qué? —se sorprendió Wade.

—Según el señor Mac Pherson, la tendencia de su tío era cambiar su testamento esta mañana, al parecer con el propósito de nombrarle a usted único heredero. En estas circunstancias, usted sería un completo imbécil si hubiese impedido ese cambio, ¿no cree? Y no tiene usted aspecto de imbécil. Dígame: ¿sus primos no quieren venir?

—No.

Comager movió la cabeza con un gesto ambiguo.

—Bueno, ya arreglaremos eso. Le dije a usted antes, que le daría explicaciones, y voy a hacerlo. Las cosas, salvo nuevas evidencias que modifiquen mi teoría, sucedieron del siguiente modo: hacia las dos y media de la mañana (que pudo ser a las dos y cuarto o tres menos cuarto) alguien vino a la quinta, escaló la pared sujetándose a una de las plantas trepadoras y llegó a la ventana del dormitorio de su tío, que, teniendo en cuenta la agradable noche que hemos tenido, lógicamente estaba abierta. También lógicamente, a esa hora su tío estaba durmiendo… El asesino se acercó sigilosamente a él, y lo mató a cuchilladas: dos en el corazón, y una en la garganta. Me atrevo a temer que no encontraremos huellas digitales que puedan solucionarnos el problema de la identidad del asesino.

—¿Por qué no?

—Por dos razones. Una: seguramente, puesto que todos ustedes estuvieron ayer en el dormitorio de su tío, no podremos acusarles de nada en el caso de que encontremos sus huellas, pues, obviamente, pudieron dejarlas ayer. Dos: una persona capaz de

matar así, fríamente, a cuchilladas, es que lo ha pensado todo muy bien; en ese caso, lo menos que cabe esperar es que utilizase guantes, y hasta, posiblemente, envolviese sus pies con trozos de tela, plástico o algo así para no dejar huellas de sus zapatos. A decir verdad. —Comager se pasó la lengua por los labios—, no me gustaría estar bajo el punto de mira de la persona que ha sido capaz de hacer eso, sea quien sea.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que esa persona sabe matar, y no le importa hacerle.

—Si ésa es su definición del asesino, sargento, puede tener la seguridad de que no ha sido ninguno de nosotros.

Por supuesto, mientras hablaba y escuchaba, Wade pensaba en la conveniencia de decirle a Comager lo que le había sucedido aquella noche. Pero, a veces, las personas se complican la vida en su afán de no complicársela. Si él decía lo sucedido, tendría que decir que había tirado el cadáver de un hombre, lastrado con una piedra, al río Hudson, precisamente cerca de la casa de su tío. Como era muy poco probable que el cadáver fuese hallado en mucho tiempo, lo único que se desprendería de todo esto sería que él, a la hora del crimen más o menos, había estado por allí cerca, en posesión de una pistola y una navaja propiedad del asesino.

Pero, también podía entregar a Comager la documentación de éste, y mencionarle el coche «Dodge» de color oscuro cuya matrícula recordaba perfectamente y dejar el asunto en manos de la policía, que por supuesto, haría las cosas mejor que él. Ahora bien, si hacía esto, y contando con que el cadáver del hombre que había ido a matarlo no sería hallado fácilmente, y que el coche granate podía ser robado, lo único que tendría Comager sería que él había estado cerca de la casa de su tío a las dos o las tres de la madrugada…

—¿Está pensando algo que pueda sernos útil, señor Cavendish?

—¿Eh…? No… No, no.

—A lo mejor yo podría obtener interesantes conclusiones de sus pensamientos.

—No creo.

—Bien, como guste. Tengo entendido que ayer se quedó usted solo con su tío, aquí, en el salón, durante un minuto. Según el señor

Mac Pherson, quizá ni siquiera fue un minuto. ¿Cierto?

—Sí.

—¿Qué ocurrió en ese minuto entre usted y su tío?

—Nada importante.

—Le agradecería que fuese más comunicativo, señor Cavendish.

—Mi tío empezó a hablarme de que volviese a trabajar con él, ofreciéndome un sueldo espléndido y la promesa de que cuando falleciese todo lo suyo sería para mí.

—¿Y en un minuto quedó todo resuelto?

—Sí.

—¿De qué modo? ¿Aceptó usted su oferta?

—No. Le dije otra vez que era… lo que era, y me fui.

—Naturalmente, usted se daba cuenta de que estaba rechazando varios millones de dólares. Y se da usted cuenta también de que, ahora, la fortuna de su tío tendrá que ser repartida con sus primos.

—Sí.

—¿Y qué piensa de eso?

—Pienso que es lo justo.

Comager parpadeó.

—Caramba, señor Cavendish —sonrió—: ¡es usted un hombre muy peculiar, francamente!

—Supongo que ser honesto es ser peculiar, para usted.

—Pues sí —sonrió, de nuevo, el policía—, porque en mi trabajo, las personas como usted no las encuentro precisamente cada día. ¿Se le ocurre a usted el nombre de algún enemigo de su tío? Aparte de sus primos, claro está.

—No. Pero no creo que tenga que buscar usted mucho: los tenía en abundancia.

—¿Por qué motivos?

—Económicos. Tío Harry era implacable, y sé de más de una persona que hoy comprará champaña francés para celebrar su muerte… Aunque quizá no tengan dinero para tanto, pues tío Harry las arruinó con sus especulaciones.

—¿Podría usted darme los nombres de algunas de esas personas?

—NI puedo, ni quiero.

—¡Oh! Sí, es usted muy peculiar. En cuanto a mí, podría obligarle a declarar en ese sentido, pero quizá la señorita Kenesaw, la secretaria de su tío, pueda facilitarme acceso a esa clase de

información. ¿No es así, señorita Kenesaw?

—No sé… No lo sé —musitó Sophie.

—Yo me ocuparé de los detalles legales para que usted no tenga dudas. Bueno, vamos a tener que ocuparnos, en primer lugar, de sus primos, señor Cavendish. Y del doctor Dovershire.

—No me diga que también sospecha de Dovershire —refunfuñó Wade.

—Claro que no. Pero quiero hablar con *todos* los que ayer estuvieron aquí. Cuando los haya localizado, espero reunirlos en el Departamento. Le avisaré a usted, señor Cavendish.

—¿Eso quiere decir que puedo marcharme, si quiero?

—Naturalmente. Supongo —sonrió—, que es una tontería preguntarle a usted dónde ha estado esta noche.

—En mi apartamento. Por cierto, no tengo teléfono, así que si tiene que llamarme, hágalo al
Joe's
Gym, de Greenwich Village. Me dará el recado.

—O sea, que se va usted.

—Supongo que se llevarán el cadáver para la autopsia, así que no hago nada aquí.

—En efecto. Le avisaré. Mientras tanto, vea de convencer usted mismo a sus primos para que se presenten en el Departamento. Y si viese al doctor Dovershire, sea tan amable de decirle lo ocurrido, para que también se ponga en contacto conmigo.

—Lo intentaré. ¿Puedo llevarme a la señorita Kenesaw? Es mi chófer.

—¿Su chófer? ¿Quiere decir que no tiene usted coche?

—Está averiado hace días.

—¡Ah! Sí, desde luego. Pero les ruego a los dos que estén atentos a mi llamada en cuanto haya citado seriamente a sus primos. ¿Le importa quedarse unos minutos, señor Mac Pherson?

Tres minutos más tarde, Wade y Sophie estaba de nuevo en el coche de ésta.

—Wade —murmuró la muchacha—, le has mentido al sargento Comager. Tu coche no está averiado hace días. Y esta noche has ido a alguna parte con él, ya que esta mañana no estaba en el mismo sitio… ¿Te encuentras mal? Estás muy pálido.

—Es la herida —susurró Wade.

—¿Qué herida? —Se sobresaltó Sophie.

—De bala, en el costado derecho. Anoche me puse yo mismo una cura, pero me parece que está sangrando de nuevo… Un hombre quiso matarme, Sophy.

La muchacha respingó, palideciendo.

—¡Dios mío!

—Vamos a ver si encontramos al doctor Dovershire, para que me haga una cura como Dios manda. Y de paso, le diremos lo sucedido. No debe haberse enterado, o ya estaría aquí.

—Pe-pero, ¿quién… quién quiso matarte? ¿Por qué?

—El porqué, no lo sé. El hombre se llamaba Aaron Mersh. Tengo su billetera en mi apartamento, con todos sus datos.

—¡Has debido decírselo al sargento Comager!

Wade movió negativamente la cabeza.

—Quizá lo haga más adelante, pero por ahora tengo que averiguar algo por mí mismo. Volvamos a Nueva York, y por el camino te explicaré cómo sucedieron las cosas.

Sophie puso en marcha el coche, y abandonaron la quinta. Wade le explicó todo. Luego, durante un par de millas, ambos se mantuvieron silenciosos, hasta que Sophie murmuró:

—¿Y qué es lo que quieres averiguar por ti mismo?

—Por las explicaciones de Comager, y por lo que me ha sucedido a mí, he llegado a una conclusión: el hombre llamado Aaron Mersh fue quien asesinó a tío Harry, y luego fue a matarme a mí.

—¿Cómo puedes saber eso?

—No lo sé, Sophy. Lo sospecho, nada más. Pero estoy seguro de que Aaron Mersh era un asesino profesional. Como el que le esperaba en el coche… Quizá nos estuvieron viendo mientras estuvimos delante de mi apartamento. Esperaron a que te fueses tú, y luego, esperar ron casi una hora para tener la certeza de que me encontrarían dormido. Uno de ellos subió, y el otro se quedó en el coche, esperando. Cuando vio que era yo quien salía con vida, quiso terminar el trabajo y supongo que llevarse el cadáver de Aaron Mersh, pero como yo tenía la pistola de éste, y le planté cara, se dio a la fuga. Sí… Tenían que ser asesinos profesionales. Su modo de actuar, así lo demuestra.

—Pero… un asesino profesional… ¡Seguramente insistirá en

matarte, Wade!

—Seguramente. Por eso, cuando lleguemos a Nueva York, te separarás de mí. Utilizaré mi coche, si es necesario.

—Creo que deberías decírselo a la policía. ¡Deberías hacerlo!

—La policía se preguntaría quién había contratado a dos asesinos profesionales para que matasen a tío Harry y a mí, Sophy.

—¡Tanto mejor! ¡Si la policía…!

—No. No es «tanto mejor», Sophy. ¿De quién crees que sospecharía el sargento Comager, en primer lugar?

—¿Sospechar? De nadie. Buscarían al otro, o… ¡Dios mío!

Wade asintió sombríamente.

—Sospecharía que todo era cosa de mis primos, Mac Pherson le ha dicho a Comager que mi tío mencionó que iba a designar un solo heredero, y de ahí, a pensar lo demás, hay un paso.

—¿Qué es lo demás?

—Pues, Comager puede pensar que mis primos han querido matarnos a tío Harry y a mí para impedir que tío Harry cambiase el testamento, por un lado; y por otro, repartirse lo que me correspondería con el testamento actual.

—¡Pero eso es horrible!

—Tanto, que ni yo mismo puedo creerlo. Pero de todos modos, será mejor que hable con mis primos. Antes, veamos de localizar al doctor Dovershire. Supongo que me curará la herida y no dirá nada… Es un viejo amigo de la familia. Vayamos primero a su apartamento, en el 1600 de Lexington Avenue.

Capítulo VI

Estaban ya muy cerca del 1600 de Lexington Avenue cuando vieron la gran cantidad de gente congregada delante del edificio. En doble fila, y por supuesto sin riesgo de multas, había una camioneta de la Morgue, y coches de la policía. Agentes de uniforme mantenían alejados del portal a los curiosos, mientras otros procuraban evitar que el tráfico fuese todavía más difícil, dirigiendo la circulación.

—Algo ha pasado ahí —dijo Sophie.

—Para. Da una vuelta, mientras yo me entero de lo ocurrido. Ya veremos luego qué hacemos.

—Pero… has de ver al doctor Dov…

—Haz lo que te digo, Sophy.

La muchacha asintió, y siguió circulando, en cuanto Wade se hubo apeado. Unos minutos más tarde, tras dar una vuelta, reaparecía en Lexington Avenue. Wade la estaba esperando en el mismo sitio donde ella lo había dejado. Se detuvo a su lado, Wade entró en el coche, y señaló hacia delante.

—Sigue.

—¿Qué ha pasado?

—Han asesinado al doctor Dovershire.

—¡Santo Dios!

—En realidad, lo pensé en cuanto vi el coche de la Morgue. Sí, pensé eso, pero no entiendo lo que está pasando… ¿Por qué matar a Dovershire?

—¿Cómo… cómo ha sido?

—Dovershire vive solo, así que, un par de veces a la semana, una asistenta va a limpiar el apartamento, siempre cuando él ya se ha marchado. Esta mañana, cuando la asistenta ha entrado en el apartamento con la llave que Dovershire le había facilitado, lo ha

encontrado muerto de varios balazos.

—¡Pobre hombre! Quizá ni se enteró de que lo mataban.

—¿Por qué no?

—Bueno… Si estaba durmiendo…

—No. No estaba en la cama, sino en la salita, todavía vestido. ¿Comprendes lo que eso significa?

—Pu… pues… no… No.

—Lo mataron mucho antes que a tío Harry, y antes de ir a matarme a mí. O bien llegaron tras él cuando se retiró, o le estaban esperando quizá en el mismo apartamento. Pero si estaba vestido, quiere decir que era pronto. Las diez, quizá las once. ¿Comprendes?

—Sí, creo que ahora sí. ¿Y luego a matar a tu tío, y finalmente a ti?

—Sí. Y fíjate qué detalle curioso: a Dovershire lo han matado a balazos, y a mí también quisieron matarme con una pistola; pero a tío Harry lo han matado a navajazos… ¿Por qué hacer esa diferencia?

—Santo cielo, ¡a mí no se me ocurre nada!

—A mí, sólo una cosa: odiaban más a tío Harry que a Dovershire y a mí. Por eso, con tío Harry hicieron las cosas con más violencia, con más saña, como… como *sintiendo* su muerte en la mano que empuñaba la navaja…

—¡No hables así, Wade! ¡Es horrible!

Wade la miró, con expresión ausente en sus ojos. Estuvo silencioso tres o cuatro minutos, la mirada perdida al frente, ajeno al tráfico de Manhattan, al espléndido día de sol. A todo. Por fin, señaló hacia la acera.

—Para. Me apearé aquí.

—¿Adónde vas?

—Desde luego, no a mi apartamento. No estoy loco.

—Pero estás herido. No puedes ir por ahí así, Wade.

—Me las arreglaré. No sé cómo, pero me las arreglaré. Tengo que encontrar a mis primos. Quizá en casa de uno de ellos pueda atender debidamente este rasguño del costado…

—Wade, no vayas allí. Ven conmigo… ¡Ven a mi apartamento!

—No quiero complicarte la vida, Sophy.

—Eso ya no es posible: estoy loca por ti.

—Vamos, vamos, Sophy…

—Y te recuerdo que anoche me pediste que me casase contigo, este fin de semana. Sólo quedan dos días…, y me gustaría que, por lo menos, llegases vivo a la primera noche. ¿Te parezco descarada?

—Sí.

—Pero, naturalmente, te gusta —sonrió ella.

—Así es.

—Entonces, vamos a mi apartamento.

* * *

—¿Te gusta?

—Es un nidito muy coquetón.

—¿Quieres que te enseñe las piernas?

—¡Oh, no! —gimió Wade—. ¡No tengo ganas de jugar al tenis!

—Eres un tonto —rió Sophie—. Bueno, desnúdate…, de cintura para arriba.

—Mejor. Mis piernas no son nada especial.

La herida, realmente, no tenía importancia, pero estaba sangrando, y había empapado ya la camisa y casi completamente la chaqueta de Wade, a pesar de la tosca cura realizada por éste. Sophie Kenesaw le hizo una bastante mejor, con más gasa y anchas tiras de esparadrapo.

—Puedo lavarte la camisa en la máquina, y limpiarte la sangre de la chaqueta. Lo tendrás todo listo dentro de media hora.

—Está bien. Mientras tanto, voy a ver si localizo a esos cretinos, e insistiré sobre el asunto. Si no se avienen a razones por teléfono, iré a verlos.

—Quizá sea peligroso…

—Es imposible que esto sea cosa de ellos, Sophy.

—Bien… Tú los conoces mejor que yo.

Sophie se fue a la cocina, y metió la camisa de Wade en la lavadora automática. Luego, se dedicó a limpiar la sangre de la chaqueta, con gran cuidado, Y estaba ya consiguiendo esto cuando alzó la cabeza, al oír las lentas pisadas de Wade en la puerta de la cocina.

—¿Qué te…? ¡Wade! ¿Qué pasa?

Wade estaba pálido como un muerto. Tragó saliva, y murmuró:

—Sally ha perdido el niño.

Sophie lanzó un gemido, y se llevó las manos a la boca.

Estuvieron así unos segundos, la muchacha aterrada. Wade se sentó en un taburete, y se quedó mirando su camisa, por el circular cristal de la lavadora. Estaba como hipnotizado.

—La culpa la ha tenido tío Harry, desde luego —dijo, con voz ahogada—. Mark me ha dicho que Sally ha pasado muy mala noche. Esta mañana parecía que estaba mejor, pero, finalmente, tuvieron que salir pitando a una clínica… Ya no había nada que hacer.

—No sé qué decir, Wade.

Éste encogió los hombros.

—No hay nada que decir, ni nada que hacer. He telefoneado al Police Department, para que avisen al sargento Comager. Le he dado la dirección de la clínica… Todos están allí.

—¿Vamos a ir nosotros?

—Claro. ¿Tardará mucho mi ropa en estar lista?

—Por lo menos, un cuarto de hora más. ¿Cómo está Sally?

—¡Oh! Ella se salvará, no hay problema en ese sentido. El problema está en cómo va a sentarles a ella y a Mark lo sucedido.

* * *

—¿Quieres saber cómo me sienta? —deslizó fríamente Mark Cavendish—. Pues te lo voy a decir con toda claridad, Wade: si esa bestia asquerosa no tuviese ya su merecido, iría yo mismo a matarlo. ¡Te lo juro!

—Es mejor que no te obsesiones, Mark.

—No pienso hacerlo… No, no lo haré. Eso aún le proporcionaría alegría a tío Harry. Así que te diré lo que vamos a hacer Sally y yo en cuanto esté bien: cobraremos la herencia de la bestia y nos iremos eres meses de vacaciones a Europa. Había pensado rechazar la maldita herencia, pero no lo haré. ¡Sally y yo la vamos a disfrutar hasta el último centavo!

—Me parece lo más sensato. ¿Y vosotros?

Vivian Cavendish y Oswald Morris asintieron con la cabeza.

—Yo no sé lo que haré —dije Vivian—, pero te aseguro que pienso cobrar ese dinero, y disfrutarlo.

—Y yo también —aseguró Oswald.

—Por ahí viene el sargento Comager, Wade —advirtió Sophie.

Estaban todos en una salita de espera en el piso de la clínica

donde había sido instalada Sally Cavendish. Sophie y Wade habían entrado a verla; parecía que no hubiese ocurrido nada, salvo que Sally estaba muy pálida y les había sonreído débilmente, asegurándoles que se sentía bien. No obstante lo cual, todos decidieron dejarla descansar y conversar fuera del cuarto.

—No he podido venir antes, señor Cavendish —llegó diciendo Comager—. Ha ocurrido otra cosa, que supongo ignoran ustedes. ¿Está bien su prima?

Wade contestó que saldría del trance. Presentó el policía a sus primos, y, tras los saludos de rigor, Oswald preguntó:

—¿Qué otra cosa ha ocurrido?

—Esta noche han asesinado al doctor Dovershire.

Comager miró de uno a otro, pero las reacciones fueron diferentes, en absoluto reveladoras. Solamente Sophie Kenesaw mereció un poco más de interés por parte del policía, pero, precisamente ante tantas reacciones diferentes, tuvo que aceptar la de Sophie como una más. Por otro lado, algunas personas palidecían al escuchar según qué noticias.

En general, de todos modos, la reacción fue de razonable pesar.

—Aunque debería alegrarme —masculló Mark—. Si él no hubiese aceptado apoyar esa maldita broma de tío Harry, no estaríamos aquí.

—¿A qué hora murió, sargento? —preguntó Wade—. ¿Lo sabe ya?

El policía lo miró con curiosidad.

—¿Por qué pregunta eso, señor Cavendish?

—No sé. Se me ha ocurrido. Supongo que usted también relaciona ese asesinato con el de mi tío.

—Pues… sí. Francamente, sí. Como no había modo de localizar al doctor Dovershire, pasé una orden para que fuese buscado…, y me dijeron que estaba en la Morgue, así que fui allá. Parece que murió hacia las once de la noche.

—¿Apuñalado?

—No. A balazos. Desde luego, estamos ante auténticos criminales, supongo que ya lo han comprendido.

—Eso quiere decir que no va a sospechar de nosotros, supongo.

—Me pregunto si podría hacerlo de alguna manera —deslizó Comager—. Naturalmente, todos ustedes estaban a las once en sus

domicilios. Y aún más, a las dos de la madrugada.

—Naturalmente —asintió Wade, apretando un brazo de Sophie.

—Claro —sonrió Comager—. Bueno, voy a ser sincero con ustedes: estoy completamente desorientado.

—¿Qué quiere decir? —murmuró Vivian.

—Quiero decir, señorita Cavendish, que posiblemente es el caso más extraño que he tenido en mis manos desde que hace más de quince años ingresé en la policía. No hay nada que tenga sentido…, empezando por la «broma» de su tío. A éste, lo matan a navajazos. Al doctor Dovershire, a tiros. A uno, a las once de la noche; al otro, a las dos y pico de la madrugada… Francamente, me pregunto qué es lo que va a suceder, a continuación.

—¿Ha de suceder algo más? —farfulló Mark.

—No lo sé, señor Cavendish. Es completamente imprevisible. Miren… Si nada más hubiese muerto su tío de ustedes, con franqueza, sospecharía de la familia. Posiblemente, descartando a su primo Wade, ya que, bajo el punto de vista económico, la muerte de su tío le ha perjudicado, ya que el nuevo testamento…

—Por ese lado, pierde el tiempo —aseguró Oswald Morris—. No me cabe la menor duda de que, fuese cual fuese el testamento de tío Harry, Wade lo compartiría todo con nosotros.

—¿Realmente lo cree así?

—Conozco a Wade. Lo haría. ¿No es cierto, Wade?

—Así es —asintió éste—. De modo, sargento, que o desconfía de todos, o de ninguno.

—Eso es exactamente lo que yo quería decir —aprobó Oswald.

—Bien… Me alegra encontrar una familia tan unida. Esto, en cierto modo, hasta podría resultar sospechoso, ¿no les parece? Pero —alzó una mano, pidiendo silencio—, como ya les he dicho, sospecharía de ustedes si sólo hubiese muerto el señor Cavendish. Ahora bien: ¿qué necesidad podían tener ustedes de matar al doctor Dovershire?

—Una buena paliza si se la merecía —gruñó Mark.

—Ésa era mi idea cuando salí ayer de casa de tío Harry —dijo Wade—. Pero me limité a amenazar a Dovershire.

—¿Lo amenazó? —Lo miró vivamente Comager.

—Le dije que la cosa no quedaría así, o algo parecido. Francamente, aunque no quise darle a tío Harry la satisfacción de

que se diese cuenta, estaba furioso.

—Pero no tanto como para matar al doctor Dovershire.

—Claro que no, ¡por Dios!

—Pues a excepción de ustedes, ¿quién puede haber tenido necesidad, o interés, de matar a Dovershire?

—Ni idea.

—Pues estamos todos igual —gruñó Comager—. No encaja, no tiene sentido. Pero indudablemente, alguien ha ganado algo con la muerte del doctor Dovershire.

—No nosotros —dijo Oswald—. Deberá buscar por otro lado, sargento. Por nuestra parte…

—Ahí llega el señor Mac Pherson —advirtió Vivian.

Todos s§, quedaron mirando al notario, que, en efecto, llegaba muy apresurado, sofocado, muy abiertos los ojos.

—¿Cómo está Sally? —exclamó, aún caminando.

—Está bien —murmuró Mark—. Fuera de peligro.

—Gracias a Dios… ¡He venido en cuanto me he enterado…!

—¿Y cómo se ha enterado usted? —se interesó suavemente Comager.

—Por medio de Milton, el criado de Harry. Me ha dicho…

—Señor Mac Pherson, usted se marchó de allí antes que yo, y para entonces, Milton Lacey no sabía esto. Ni yo tampoco.

—Es que llamé a Milton para que en cuanto viese a Wade y los demás les pidiera en mi nombre que me llamaran, para concertar la lectura del testamento. Entonces me dijo que a usted le habían avisado de lo de Sally, y he venido inmediatamente.

—¡Ah! ¿Se ha enterado de lo otro?

—¿De qué? —se desconcertó el notario.

—Del asesinato del doctor Dovershire.

Phileas Mac Pherson quedó lívido, con la boca entreabierta. Estuvo así un par de segundos.

—¡Por Dios…!

—¿No lo sabía?

—¡Claro que no! —chilló agudamente, Mac Pherson.

—Pues ahora ya lo sabe —dijo Oswald.

—Pero esto es… es… ¿Quién lo ha asesinado? ¿Por qué?

—Dos interesantísimas preguntas, señor Mac Pherson —sonrió secamente Comager—. Ojalá pudiese contestárselas. Naturalmente,

para llegar a saber eso, admitiré y agradeceré cualquier ayuda en la forma que sea. ¿Se le ocurre a usted algo?

—¿A mí? —Respingó Mac Pherson—. ¡Claro que no!

—Bueno —el policía movió la cabeza—. Considerando el nuevo cariz del asunto, voy a tener que tomar nuevos derroteros de investigación, a ver si por ahí encuentro un mejor punto de partida para todo el caso. En cuanto a ustedes, teniendo en cuenta el estado de la señora Cavendish, pospondremos nuestra entrevista formal. Aunque, de todos modos, no creo que puedan decirme nada, ¿verdad? —sonrió.

—Nada que no podamos decirle ahora, con tres palabras —asintió Oswald—: no sabemos nada.

—Tres palabras muy expresivas. Por favor, no salgan de la ciudad… Y espero que su esposa se reponga pronto, señor Cavendish.

Comager se despidió, y los demás quedaron silenciosos unos segundos.

—Bien —dijo, de pronto, Mac Pherson—. Supongo que también la fecha de la lectura del testamento la fijaremos cuando Sally esté bien. Ya me avisarán.

—Lo haremos, señor Mac Pherson —dijo Mark—. Ha sido usted muy amable al interesarse por ella.

—Es natural, ¿no? A fin de cuentas, no somos unos desconocidos. ¡Cielo santo! ¡Pobre Dovershire! ¡No puedo creerlo!

—¿Lo mencionaba tío Harry en el testamento? —preguntó Wade.

—¿A Dovershire? Sí, desde luego.

—¿Cuánto le dejaba?

—Diez mil dólares, nada más.

—No es gran cosa, desde luego —murmuró Wade—. Bueno, Mark, en vista de que Sally está fuera de peligro, te vamos a dejar. A menos que pueda hacer algo…

—No. Gracias, Wade.

—Todo esto es horrible —dijo Vivian, con voz aguda—. ¡Y la culpa la tiene ese loco de tío Harry, con su experiencia premortuoria!

—No creo que le sirviese de gran cosa —comentó Oswald; y sonrió ceñudamente—. De todos modos, ahora sí debe saber lo que

pensamos realmente de él…, y no creo que le guste, ¿verdad?

No hubo más comentarios, Wade y Sophie se despidieron, y poco después salían de la clínica. De nuevo en el coche, Wade quedó pensativo, observado atentamente por la muchacha.

—Vamos a Brooklyn —dijo, de pronto, Wade—: 215, Atlantic Avenue.

—¿Qué hay allí?

—Supongo que algún restaurante donde podremos almorzar un par de bocadillos.

—Para eso no hace falta ir a Brooklyn.

—¿Qué tiene de malo Brooklyn?

CAPÍTULO VII

Sophie comprendió el interés de Wade por el 215 de Atlantic Avenue, en Brooklyn, cuando, tras mirar en los buzones para correspondencia instalados en el portal de aquel edificio de tres pisos, vio en uno de ellos el nombre de Aaron Mersh. Apartamento 2 B.

Entonces, respingó.

—¡Wade, aquí es donde vive el hombre que quiso matarte…!

—Lo sé. Pero también sé, con toda seguridad, que él no está ahí arriba. De todos modos, quizá sería mejor que volvieses al coche.

—Pero si él no está, ¿qué piensas conseguir?

—Quizá esté el otro.

—¡Oh, Dios mío…! ¡Pero si está, y tiene una pistola…!

—Cuando quiera darse cuenta, no estará en condiciones de usarla. Vuelve al coche. Y ponlo en marcha en cuanto me veas salir.

—Pero…

—Sophy: a mí no me gusta discutir. ¿Y a ti?

La muchacha se mordió los labios, dio media vuelta, y, salió a la calle. Wade se dirigió escaleras arriba, y poco después se detenía ante la puerta señalada con el 2 B. Sentía un poco de frío, pero apretó los puños, con uno de los cuales, sin esforzarse demasiado, podía convertir en picadillo la cara del otro sujeto, si es que vivía en el mismo apartamento de Mersh.

Pero ni siquiera llegó a tocar el timbre, porque se dio cuenta de que la puerta del apartamento no estaba cerrada. Estaba simplemente ajustada, y no del todo. Entre incrédulo y desconfiado, la empujó con un dedo, colocándose a un lado.

Efectivamente, estaba abierta. Llamó al quicio con los nudillos, y se apartó de la posible línea de tiro. Pero no sucedió nada. Ni

siquiera oyó pisadas, o una voz preguntando… Silencio. Sin colocarse todavía ante la puerta, la empujó hasta abrirla completamente. Asomó la cabeza, pocos segundos después.

Nada. Nadie.

Entró, volvió a ajustar la puerta, y reparó entonces en que el pestillo estaba estropeado.

Había un pasillo, a cuyo final se veía luz solar. Llegó hasta allí. A la izquierda estaba la sala, que tenía una ventana frente a la entrada, y por allí entraba un rayo de sol. A la derecha estaba el cuarto de baño y el dormitorio. A la izquierda, la cocina. Todas las puertas estaban abiertas completamente.

Tras vacilar, Wade se dirigió al dormitorio. Apenas entrar allí, comprendió por qué había encontrado forzada la cerradura del apartamento: alguien se le había adelantado. Y lo que había hecho allí no podía estar más claro: había saqueado el armario, la mesita de noche, y un pequeño canterano que había adosado a la pared, frente al pie de la cama.

La conclusión no podía ser más sencilla: el compañero de Aaron Mersh, sabiendo que éste había muerto, o que, cuando menos, estaba malherido, había ido directamente allí aquella noche, y se había llevado todo lo que pudiese ser comprometedor para él, para Aaron Mersh, o para otras personas. Y por supuesto, era muy poco probable que volviese por allí.

—Estoy haciendo el tonto —se dijo Wade—. Si le hubiese dicho esto al sargento Comager, quizá ya sabríamos algo concreto.

Salió del dormitorio, y fue a sentarse en uno de los sillones de la sala, pensativo. Habían muerto tío Harry y el doctor Dovershire. ¿Por qué? Pero sobre todo, ¿por qué Dovershire? Si había sido Aaron Mersh quien lo había matado…

El timbrazo del teléfono le dio tal susto, que se puso en pie de un salto, mirando a todos lados con ojos desorbitados. Localizó el teléfono sobre una mesita, a un lado del sofá. Se quedó mirándolo mientras seguía sonando.

De pronto, se acercó y descolgó el auricular.

—¿Diga? —susurró.

—¿Señor Mersh?

—Sí.

—¿Aaron Mersh?

—Sí, sí… Es que estoy un poco resfriado.

—¡Ah, ya! Bien, quizá sea por eso que no tengo noticias de ustedes. Soy Samuel Morgan. Llevo llamándole toda la mañana.

—¡Ah! Sí, señor Morgan… Tendrá que disculparnos.

—No tiene importancia. Puedo esperar unos días, naturalmente. Aunque tomada ya la decisión, pues… me gustaría terminar cuanto antes.

—Lo comprendo. Me gustaría pasar a visitarle para darle una explicación, pero he perdido su dirección.

—¿Cree necesario venir aquí?

—Sería muy conveniente.

—Bien… El 526 de Fullerton Lane, en New Jersey, ¿recuerda?

—Estoy tan atontado por culpa del resfriado… 526, Fullerton Lane, New Jersey. Bien. ¿A qué hora puede recibirme?

—Después de las cinco. Pongamos, a las cinco y media. Aunque quizá sería mejor que nos viésemos en otro sitio, señor Mersh.

—No, no. Seré discreto, no se preocupe.

—De acuerdo. A las cinco y media, entonces.

—Hasta luego, señor Morgan.

El llamado Samuel Morgan colgó, y Wade hizo lo mismo, lentamente.

Muy bien. ¿Y ahora? Por supuesto, no tenía ni idea de quién era el tal Samuel Morgan. Pero si era amigo de Aaron Mersh, o, al menos, tenía relación con él, quizá supiese algo de todo aquello.

Miró su reloj. Eran las tres y media de la tarde, así que disponía de dos horas. Pero tenían que cruzar Manhattan, y luego, localizar Fullerton Lane, en New Jersey. Seguramente, le sobraba tiempo, pero era mejor no distraerse.

Salió del apartamento, bajó a la calle, y fue hacía el coche. Se sentó junto a Sophie, que había lanzado un suspiro de alivio.

—Vamos ahora a New Jersey —dijo Wade.

—¿Por qué? ¿Qué tenemos que hacer en…? —Captó la ceñuda mirada de Wade, y alzó ambas manitas—. Está bien, está bien: a New Jersey, amo.

* * *

El 526 de Fullerton Lane era una hermosa casa en una zona residencial, muy amplia, con muchos árboles, setos y arbustos de

flores, con gran abundancia de baladres. La estuvieron observando unos minutos, sin salir del coche.

Finalmente, Wade miró su reloj.

—Faltan cinco minutos nada más. Voy ya a…

Un coche, un magnífico «Chrysler», apareció por delante de ellos, y se dirigió directo a la casa. Entró en el jardín, desapareció en el garaje, cuya puerta, evidentemente, fue abierta con mando a distancia, y eso fue todo. El ocupante del coche debió entrar en la casa directamente.

—Seguramente, acaba de llegar al señor Morgan —musitó Wade —. Por eso me citó a las cinco y media, porque antes no estaría en casa.

—Sigo pensando que deberías avisar a la policía, Wade.

—Y yo creo que tienes razón.

—¡Oh! Entonces, vamos a…

—Espérame aquí.

Se apeó, y fue a pie hacia la hermosa casa rodeada de jardín. Estaba bien claro que allá no podía vivir un muerto de hambre, precisamente.

Entró en el jardín, lo recorrió lentamente, y segundos después llamaba a la puerta, grande y blanca, con un tragaluz de cristales de colores, a un lado. En el interior de la casa había sonado un alegre carillón, y a los pocos segundos la puerta se abrió. Un hombre de unos cuarenta años, alto, atractivo, atlético, vestido impecablemente, se quedó mirándolo con gesto expectante.

—¿Qué desea?

—Vengo de parte de Mersh. ¿Señor Morgan?

—Sí… ¿Por qué no ha venido Mersh? Acabo de hablar con él por teléfono, hace un par de horas, y me ha dicho que vendría.

—¿Me permite pasar? —sonrió Wade—. No me parece adecuado conversar aquí, señor Morgan.

El hombre vaciló, pero se apartó de la puerta, finalmente. La cerró cuando Wade hubo entrado, y señaló hacia una puerta, a la derecha de la entrada.

—Será mejor que hablemos en el despacho. Mi esposa está en el salón.

—Como guste.

Cruzaron el amplio vestíbulo, mirando Wade a todos lados. A él,

las cosas le iban bien, desde luego, y tenía pensado comprarse pronto una casa. Pero, desde luego, no sería como aquélla: no llegaba a tanto.

El despacho no era muy grande, pero estaba lujosamente decorado, era confortable, serio. A una seña de Samuel Morgan, Wade se sentó en tino de los sillones. Morgan lo hizo en otro, delante de él. Lo miraba con gran atención, como preocupado, tenso.

—Francamente —murmuró—, no me parece discreta su visita, señor…

—Nash —dijo Wade el primer nombre que le vino a la mente—. No creo que deba usted preocuparse.

—Desde un principio, fueron ustedes los que tuvieron gran interés en que las cosas se hiciesen con discreción, no yo. Dígame: ¿por qué no ha venido Mersh?

Wade sonrió conciliadoramente. No tenía ni la menor idea de lo que debía decir, de lo que podían tener en común un asesino profesional como Aaron Mersh y un hombre como Samuel Morgan.

—En realidad, no habló usted con Mersh, sino conmigo. Sucede que Mersh tuvo ayer un pequeño accidente.

—Comprendo eso —asintió Morgan—. Lo que no comprendo es que usted me engañase antes.

—Siempre es más fácil dar las explicaciones, frente a frente, que por teléfono. Como le decía, Mersh tuvo un accidente, y entonces yo me instalé en su apartamento, precisamente para atender las llamadas. Pero, otros inesperados contratiempos me obligaron a permanecer fuera del apartamento toda la mañana.

—De acuerdo. ¿Cuándo piensan hacerlo?

—Pues… Bien, dígalo usted mismo.

—¿Yo? Son ustedes los que han de enviar a su médico, al especialista… ¿No es así? Mejor dicho, en cuanto me comuniquen que está dispuesto para hacer el trabajo, yo lo llamaré, y haré todo lo que me indicaron.

—¡Ah… sí! ¿Tiene preferencia por algún médico determinado?

—Me está usted desorientando, señor Nash —frunció el ceño Samuel Morgan—: ¿Fueron ustedes mismos quienes mencionaron a un tal doctor Dovershire?

—Es cierto, sin duda, pero he sustituido a Mersh sin estar

demasiado al corriente del asunto. De todos modos, naturalmente, conozco al doctor Dovershire. Alexander Dovershire.

—Eso es —pareció tranquilizarse Morgan—. ¿Cuándo lo llamo? Como le he dicho antes, una vez que he tomado la decisión me gustaría terminar cuanto antes.

Por supuesto, Wade no había encontrado todavía el camino para seguir la conversación en la línea adecuada. ¿De qué estaba hablando el señor Morgan? Por toda pista, tenía la sorprendente revelación de que Mersh y Dovershire se conocían. Samuel Morgan había hablado de Dovershire diciendo que era su médico. El especialista. Se desprendía de todo esto que Dovershire había estado en relación con Mersh, prestándole determinados servicios… No comprendía nada de nada.

—Procuraremos complacerle, señor Morgan. Pero me gustaría que me dijese usted de nuevo, con la mayor exactitud posible, qué es lo que espera de nosotros.

Morgan se quedó mirándolo atónito. Inmediatamente, palideció.

—No creo necesario repetir nada de lo que tan claro quedó, señor Nash —dijo con voz un poco temblorosa.

—Bueno… Sería conveniente que…

Fuera del despacho oyó un rumor. Un sonido deslizante… No tuvo tiempo de pensar en qué podía ser. Lo comprendió en seguida, cuando al volver la cabeza hacia la puerta, vio entrar a la mujer sentada en un sillón de ruedas, que ella hacía girar con sus blanquísimas manos llenas de sortijas.

—Sam, quería pedirte… ¡Oh, perdona!

Samuel Morgan estaba ahora más pálido. Wade se puso en pie, pero Morgan tardó un par de segundos de más en reaccionar, haciendo lo mismo.

—No importa, Stella. No molestas —dijo con voz ronca—. Sólo se trata de un pequeño asunto urgente para mañana, que el señor Nash debe activar. ¿Por qué no has puesto en marcha el motor?

—¡Oh! No valía la pena, para tan corta distancia… ¿Cómo está usted, señor Nash?

Wade Cavendish miraba atentamente a la mujer. Debía tener por lo menos cincuenta y cinco años, es decir, no menos de quince más que Samuel Morgan. El cual había dicho que su esposa estaba en el salón. Wade solamente podía pensar que aquella mujer era la

esposa de Morgan, naturalmente. Y también tenía que pensar que no encajaba… Morgan tenía quince años menos que ella, era atractivo, fuerte, saludable. Ella, bien claro estaba, se hallaba paralítica, no tenía encanto alguno, y, evidentemente, no era la compañera que cabía esperar para un hombre como Samuel Morgan.

—Muy bien, señora Morgan, gracias. Lamento haber venido a molestar a su esposo en casa.

Temía tirarse una buena plancha, pero no fue así. La mujer aceptó su condición de esposa de Morgan, con toda naturalidad.

—Generalmente, es Sam quien acostumbra a molestar a los demás —sonrió Stella Morgan—. En el sentido de que los hace trabajar demasiado… Por lo demás, es encantador, ¿no cree?

—Bueno…

—¡Qué cosas dices! —mascculló Morgan, acercándose a ella—. Te he dicho muchas veces que debes utilizar el motor, querida. No quiero que hagas rodar la silla manualmente, pues lo único que consigues es fatigarte. ¿Qué querías?

Se acercó a ella, solícito, y le colocó bien la manta sobre las piernas, y puso en marcha el motorcito que hacía rodar la silla. Stella Morgan miraba sonriente a Wade, con la expresión de quien dice algo así: «¿Ve usted como es encantador?».

La mujer tomó una mano de su marido, y la acarició, mirándole con expresión de auténtica adoración.

—No hay prisa, quejido. Creí que estabas solo… Te espero en el salón para molestarte con mis tonterías…

—La tontería es pensar que me molestas —sonrió Morgan—. No tardaré más de cinco minutos.

—¡Oh! Podéis tomaros el tiempo que necesitéis, mi amor. Pero cuanto antes os deje solos, antes vendrás a mi lado —sonrió dulcemente—. Hoy no me has llamado desde la oficina, Sam.

Morgan se mordió los labios.

—Lo lamento, querida… Estaba tan ocupado que se me pasó. Mañana te llamaré dos veces.

—¡Estoy segura de que lo harás! —rió Stella—. ¿El señor Nash es un nuevo empleado de nuestra compañía, quizá?

—No exactamente. Sólo estamos iniciando unas relaciones que espero nos beneficiarán a ambos.

—Estoy segura de que sí. El señor Nash tiene cara de inteligente y honrado.

—Es usted muy amable, señora —intentó sonreír Wade.

En realidad, estaba profundamente impresionado. Aquella mujer, con sus miradas a Samuel Morgan, sus caricias en la mano, su sonrisa dulce y sus tiernos reproches por no haber recibido aquel día la llamada telefónica de su marido, le parecía sencillamente patética.

—Bien, regreso al salón. Y no me va a quedar más remedio que utilizar el motorcito. Gracias, querido —volvió a acariciar una mano de Morgan—. Encantada de conocerle, señor Nash. Ya verá como se entiende bien con Sam.

—Estoy seguro de ello, señora. Ha sido un placer conocerla.

Stella Morgan sonrió de nuevo, y salió del despacho.

Los dos hombres quedaron inmóviles, mirando hacia la puerta. No se movieron hasta que dejaron de oír el zumbido del motorcito. Entonces, Samuel Morgan sacó un pañuelo y se lo pasó por la frente.

Miró, de pronto, a Wade.

—Supongo que no necesita usted más explicaciones —jadeó.

Wade Cavendish necesitaba todas las explicaciones del mundo. No entendía nada. Pero tenía una espantosa sensación de algo macabro que le inquietaba, incluso le angustiaba.

Movió la cabeza con gesto ambiguo.

—Hay otro pequeño problema —murmuró—: el doctor Dovershire también ha tenido un accidente, así que no podrá ocuparse del asunto… ¿Tiene preferencia por algún otro médico, señor Morgan?

—Ninguna. Eso han de decirlo ustedes. Dígame quién va a sustituir al doctor Dovershire, y lo llamaré en cuanto me autoricen.

—De acuerdo. Espero poder comunicarme con usted mañana mismo. ¿Le va bien así?

—Sí. Cuanto antes.

Wade asintió con la cabeza, y se volvió de nuevo hacia la puerta del despacho. Morgan le acompañó hasta la puerta de la casa, la abrió y murmuró:

—Por favor, no demoren más el asunto.

—Cuente con ello. Hasta mañana, señor Morgan. —¡Adiós!

Un minuto más tarde, Wade se sentaba en el coche, junto a Sophie, que le miraba impaciente.

—¿Qué ha pasado?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

—No he entendido nada. Hemos estado hablando como si los dos supiésemos de qué iba el asunto, pero no quisiéramos mencionarlo. Y cuando se habla de este modo, Sophy, es porque se trata de algo terrible… El doctor Dovershire tenía relaciones, en no sé qué términos, con Aaron Mersh.

—¿Con el asesino? —exclamó Sophie.

Wade asintió, y explicó lo ocurrido en la casa. Cuando terminó, Sophie todavía no había salido de su asombro.

—No comprendo qué tratos podían haber entre el doctor Dovershire y un asesino —murmuró—. ¿Qué piensas hacer?

—Me parece que voy a avisar al sargento Comager. Yo no entiendo lo que pasa, y además me siento… incómodo. No sé… Es una sensación de repeluzno, de angustia. Sobre todo, por la intervención del doctor Dovershire en esto.

—Bueno, hay una enferma en esa casa, ¿no es así? Por lo tanto, no tiene nada de extraño que recurran a un médico.

—Quizá. Pero, ¿por qué a Dovershire? Esa gente tiene mucho dinero, no hay duda al respecto. Pueden disponer de los mejores médicos especialistas del mundo, muchos de los cuales están precisamente en Nueva York… Por supuesto, Dovershire era un buen médico, pero… No sé. Vamos a buscar un teléfono para llamar al sargento Comager.

—Como quieras.

Sophie puso en marcha el coche, maniobró para dar la vuelta, y comenzó a alejarse de allí. Wade iba mirando hacia delante, como hipnotizado, pero, de pronto, lanzó una exclamación, y se deslizó hacia delante por el asiento, acurrucándose como pudo en el piso.

—Wade —se sorprendió Sophie—, ¿qué haces…?

—¡Sigue adelante! ¡Y no mires hacia mí! ¡Vamos a cruzarnos con el coche de los asesinos!

Sophie respingó, y miró hacia el frente, justo en el momento en que su coche se cruzaba con un «Dodge» de color granate. Sólo pudo ver la mancha de este color, y la silueta de un hombre al

volante.

—¡Oh, Dios mío! —gimió—. ¡Quizá van a matar a los Morgan! ¡Mira, hay una cabina de teléfonos ahí delante, Wade! ¡Vamos a llamar al sargento…!

—No —se irguió Wade en el asiento—. Da la vuelta: no quiero perder de vista ese coche. ¡Da la vuelta, pronto!

Sophie se dispuso a obedecer. La maniobra fue dificultada un poco por un coche estacionado en el otro lado de la calzada, ante cuyo volante había sentado un hombre, fumando, que miró sobresaltado a Wade y a Sophie cuando el coche de ésta pasó rozando el suyo. Era un tipo muy moreno, ancho de hombros, cabellos muy cortos y que tenía una pequeña cicatriz sobre la ceja derecha… Wade lo vio un instante, al pasar junto a él, y se dijo que parecía un boxeador.

Pero lo olvidó en el acto para dedicar su atención al color granate.

—No te acerques demasiado —murmuró.

Para no acercarse demasiado, Sophie tuvo que frenar, pues el otro coche también lo hizo, al llegar a la altura de la casa de los Morgan. Se detuvo delante, y un hombre se apeó, dirigiéndose en el acto hacia la casa.

—Ése es el que iba con Mersh —susurró Wade—: lo recuerdo perfectamente.

—¡Si va a matar a…!

—No. No va a matar a nadie. Simplemente, tienen un asunto pendiente con Samuel Morgan, y van a reanudarlo. Ahora, ese hombre se enterará de que un tal Nash ha llegado de parte de Mersh para conversar con Morgan, y se alarmará, naturalmente. Ya verás como sale de la casa a toda prisa antes de medio minuto.

CAPÍTULO VIII

Wade Cavendish se equivocó en siete segundos. Es decir, que treinta y siete segundos después de que el hombre del «Dodge» fue recibido en la casa, salió de allí disparado, hacia el coche, se metió dentro, y el auto pareció saltar al arrancar bruscamente.

—Ve tras él —dijo Wade.

—Deberíamos avisar a Comager…

—Quiero saber adónde va ese sujeto. Tenemos seguro a Morgan, así que veamos adónde va ese asesino. Se me está ocurriendo… Frena, Sophy. Quiero que te apees, y yo conduciré. Tú llama a Comager.

—Pero… ¡No quiero dejarte solo ahora!

—¡Haz lo que te digo!

Sophie frenó, y salió del coche. Wade se desplazó hasta el volante, y sin mirarla, partió, continuando la persecución del «Dodge».

Abandonaron New Jersey, pasando a Manhattan por Lincoln Tunnel. Al abandonar éste, en la Calle 34 Oeste, el «Dodge» giró a la derecha y regresó hasta la costa, bajando por Miller Highway. Pasaron por delante de Greenwich Village, a la izquierda de Wade. A la derecha, los *docks*, y el río, lleno de embarcaciones de todo tipo…

La persecución no fue en absoluto difícil, salvo por un par de semáforos que estuvieron a punto de dejar desconectado a Wade del coche que perseguía.

Finalmente, a la altura de Fulton Street, el «Dodge» se apartó hacia los *docks*, y poco después se detenía. El hombre se apeó, y se dirigió hacia el río. Wade llegó poco después, dejó el coche en otro estacionamiento de los muelles, y se fue rápidamente en pos del

sujeto.

Éste llegó al borde del muelle, caminó todavía diez o doce metros más, y saltó a una lancha… Cuando Wade pasó relativamente cerca de allí, ya no vio al hombre. No estaba en los mandos, sino en el interior de la embarcación. Ahora bien, si un hombre que dispone de un coche deja éste para saltar a una lancha, lo lógico es que siga el viaje con ésta… Es decir, que si aquel tipo salía del interior de la lancha, y la ponía en marcha, Wade ya no podría seguirlo.

Durante unos segundos, estuvo mirando hoscamente la doble puerta baja que, desde cubierta, accedía a la vivienda de la lancha. El hombre seguía allí dentro… ¿Y si lo que estaba haciendo era utilizar la radio para comunicarse con alguien? De un modo u otro, era de temer que muy pronto apareciera en cubierta, y se marchase…

La decisión de Wade Cavendish fue de lo más interesante.

—Le voy a partir la cara a ese asesino —se dijo.

Sin más vacilaciones, se acercó, pasó con todo cuidado a la lancha y caminó, procurando no moverla, hacia la escotilla. Se detuvo allí, y aguzó el oído, pero no captó nada. Empujó una de las puertecillas batientes…, y una pistola provista de largo tubo silenciador apareció ante sus narices.

—Pase, pase, señor Cavendish —dijo la voz, sarcástica—. Le estaba esperando.

Wade deslizó la mirada sobre el arma, y vio el rostro del hombre con una expresión a tono con el sarcasmo de su voz. Se pasó la lengua por los labios, y volvió a mirar la pistola.

—Vamos, vamos, no sea descortés, señor Cavendish: entre, tenga la bondad. Despacio, sin movimientos bruscos. Debo advertirle que me gustaría mucho que me diera un pretexto para pasarle la factura por Mersh… ¿Qué hizo con él?

Wade entró, lentamente, recibiendo en la espalda el golpecito de las puertas de la escotilla. En aquel reducido habitáculo había una iluminación casi roja, del sol de la tarde, penetrando por el alargado y estrecho ventanal.

—Lo maté —susurró—. Pero fue un accidente.

—Tuvo que serlo —asintió el otro—. ¿Qué hizo con su cadáver?

—Lo tiré al río, cerca de Ossining, lastrado.

—¿Qué me dice? Como todo un profesional, ¿eh? ¿Por qué no avisó a la policía?

—Todos cometemos estupideces.

—Es cierto. Me parece que no se quedó usted con la pistola de Mersh, ¿verdad?

—No. Menos la documentación, lo tiré todo al rió, con él.

—Eso es incomprensible para mí, ya que una pistola con silenciador es siempre útil. Pero usted es diferente… Usted es un caballero, ¿no es así?

—Solamente un cretino. ¿Fueron ustedes los que mataron a mi tío?

—En efecto. Mersh lo hizo. El era más experto que yo.

—¿También mataron al doctor Dovershire?

—Así es.

—¿Por qué?

—¿Usted no lo sabe?

—Claro que no.

El hombre de la pistola frunció el ceño.

—¿Su tío no le dijo nada sobre el doctor Dovershire, cuando le hizo quedarse a solas con él?

—No. En absoluto.

—Vaya… Entonces, el doctor Dovershire se alarmó sin necesidad con respecto a usted. ¿Sabe por qué fuimos también a matarle a usted, señor Cavendish? Porque Dovershire aseguró que su tío le había explicado el asunto, cuando se quedaron a solas. Y entonces, como a Dovershire, y como a su tío, teníamos que matarlo.

—Mi tío no me explicó nada sobre Dovershire. Simplemente, me propuso que volviese a trabajar con él, yo me negué, y me marché. No tengo ni idea de lo que están tramando ustedes.

—Pues lo siento, señor Cavendish, pero ya no podemos detenernos. ¿Está seguro de que su tío no le mencionó la Euthanasia Services?

—No —musitó Wade, palideciendo—. No lo hizo.

—¿Por qué palidece usted, señor Cavendish?

—Porque me parece que en este mismo momento acabo de comprenderlo todo. Si relaciono el nombre de eutanasia con la señora Morgan, la cosa parece bastante clara. Considerando…

¡*Crack*!, crujió el puño derecho de Wade contra la barbilla del

asesino. Éste lanzó un gemido, y saltó hacia atrás, apretando el gatillo… Pero, al mismo tiempo que golpeaba con su puño derecho, Wade había utilizado el brazo izquierdo para apartar hacia fuera el derecho del pistolero, de modo que la bala fue a dar en el ángulo superior del habitáculo, tras él y encima.

El hombre fue a caer de espaldas, golpeándose en la parte posterior de la cabeza contra el tabique de frente a la entrada, pero reaccionó rápidamente, sentándose y volviendo a orientar la pistola hacia Wade.

El pie derecho de éste golpeó en la muñeca, por debajo, y la pistola saltó hacia el techo, mientras el hombre lanzaba un alarido de dolor, e inmediatamente se sujetaba aquella mano con la izquierda, lívido el rostro. Wade se inclinó, lo asió por las solapas, y lo puso en pie de un tirón.

Estaba tan lívido como el asesino.

—Le voy a hacer pedazos —jadeó—. ¡Los voy a hacer pedazos a todos ustedes!

Hundió el puño derecho en el vientre del pistolero, que resonó como un tambor con el parche mal tensado. El hombre se quedó sin respiración, desencajado el rostro. Intentó reaccionar, pero de nuevo el puño derecho del agente de Bolsa que cada día hacía seis asaltos «para pasar el rato», se hundió en su estómago. La mandíbula del asesino quedó colgando, los ojos giraron en las órbitas mostrando el blanco…

—Nada de eso —farfulló Wade—. ¡Nada de desmayarse, amigo!

Le propinó un par de bofetadas, de revés y derecho, que despejaron a medias al otro, cuyos ojos se llenaron de lágrimas. Wade lo asió ahora con la mano izquierda por la corbata, de tal modo, que pudo apretarlo contra el tabique hundiendo sus nudillos en la garganta del asesino, Echó el puño derecho hacia atrás.

—¿Qué es exactamente eso de la Euthanasia Services? —preguntó.

El otro se movió, intentó resistirse. Una de sus manos subió hacia la de Wade que le apretaba la garganta.

Wade disparó su puño derecho, aplastando la boca del pistolero, haciendo resonar de nuevo su cabeza contra el tabique.

Fue demasiado. El hombre hizo girar de nuevo los ojos. Las pupilas desaparecieron, quedó visible solamente la córnea, y se

desvaneció. Esta vez, el truquito del par de bofetadas no surtió efecto, y Wade soltó al hombre, que se desplomó a sus pies.

Recogió la pistola, se sentó en el borde de la litera inferior, que estaba bajada, y se quedó mirando al desmayado personaje.

—De acuerdo —dijo—. Pero cuando te entregue a la policía, ya me lo habrás dicho todo. Palabra de honor.

Se dio cuenta de que tenía frío el rostro, y se lo frotó con una mano Se preguntó si, realmente, un hombre podía golpear o matar a otro y luego encender tranquilamente un cigarrillo con mano firme. El estaba poco menos que temblando, quizá de miedo, quizá por la tensión del momento. Claro que su oficio no era matar…

Euthanasia Services… Servicios de Eutanasia, La palabra eutanasia proviene del griego eu, que significa bien, y thánatos, que significa muerte. Puede definirse la palabra eutanasia como la muerte que se provoca sin sufrimientos y, por lo general, con la conformidad e incluso a petición propia de una persona cuyo estado de salud es desesperado, y permanece en una larga agonía dolorosa, sin remedio posible. Tanto, que prefiere morir a seguir viviendo en aquellas circunstancias. Algunos definen la palabra eutanasia como muerte por compasión, por lo tanto. La idea consiste en que, puesto que no existe remedio, y el paciente se limita a sufrir espantosamente, se le provoca la muerte de un modo… científico, aliviando así sus sufrimientos.

Desde el punto de vista legal y moral, es siempre un asesinato.

Un asesinato.

Wade volvió a pensar en la señora Morgan. Cierto, estaba inválida, pero no parecía sufrir físicamente por esto, en lo más mínimo. Incluso, le había parecido una mujer feliz. Y sin embargo…

Alzó vivamente la cabeza al notar que la lancha se movía, y, al mismo tiempo, oía las pisadas afuera, en cubierta. Se irguió, y apuntó la pistola hacia la puerta.

—¿Busby? —Oyó.

Apretó los labios, y, con más fuerza, la culata de la pistola.

—¿John? —insistió la misma voz—. ¡John!

De modo que el asesino desvanecido se llamaba John Busby… Muy bien. ¿Y… quién era aquel hombre que le llamaba desde cubierta?

Wade se puso en pie, caminó cuidadosamente hacia la doble

puerta, y empuñó una de las hojas lo suficiente para echar una mirada al exterior. Se estremeció, y quedó blanco como la leche: lo primero que vio fue a Sophie, demudada, muy abiertos los ojos por el miedo; detrás de ella, sujetándola por un brazo, había un hombre, del cual sólo podía ver el rostro, asomando por un lado y detrás del de Sophie. Un rostro que reconoció en el acto: era el tipo que habían visto en el coche que Sophie había rozado con el suyo al dar la vuelta cerca de la casa de Samuel Morgan; el que tenía cara de boxeador.

Soltó con todo cuidado la hoja de la puerta, y se quedó sin saber qué hacer.

—Camine —oyó.

Wade fue retrocediendo. Las puertecillas fueron apartadas, y apareció Sophie, que lanzó un gritito ahogado al verlo. Wade alzó la pistola, pero, en verdad, no sabía qué hacer con ella en aquellas circunstancias. Detrás de Sophie también sonó una exclamación. La muchacha fue empujada rudamente, y detrás de ella, protegiéndose con su cuerpo, entró el tipo con cara de boxeador.

—Deje caer esa pistola —ordenó—. Si no lo hace, voy a llenar de balas la espalda de la muchacha. Y de todos modos, le mataré a usted también.

Wade tragó saliva, y dejó caer la pistola.

—Empújela hacia aquí con el pie.

Obedeció de nuevo. La pistola quedó ante los pies del hombre, que empujó con fuerza a Sophie, echándola en brazos de Wade y se inclinó velozmente a recoger la pistola de John Busby, apuntó con las dos a Wade y a Sophie, y frunció el ceño, tras una mirada a su compañero.

—Parece que es usted un tipo difícil, señor Cavendish. ¿Lo ha matado también?

—No… No, sólo está sin sentido.

—Reanímelo. ¡Vamos, pronto!

Busby tardó todavía un par de minutos en reaccionar. Quedó sentado en el suelo, se tocó la barbilla, y lanzó un gemido, Escupió a un lado, y se quedó mirando la mancha de sangre… y pedazos de dientes.

Luego, su mirada se elevó, como un rayo de muerte, hacia Wade, que de nuevo tragó saliva.

Busby se puso en pie, tambaleante, y se acercó a su compañero, recuperó la pistola de manos de éste y regresó hacia Wade, con los ojos entornados, las facciones lívidas, desencajadas. Alzó la pistola, como dispuesto a golpearle en la cabeza, y Wade alzó instintivamente los brazos…

Entonces, recibió un tremendo rodillazo en el bajo vientre. Lanzó un alarido, bajó las manos hacia allí…, y Busby le golpeó entonces con la pistola en el mentón, de lado, tirándolo, girando, contra el tabique. Rebotó allí, y recibió el nuevo golpe en los ríñones. Oyó el grito de Sophie, y se volvió. Tenía la vista nublada, pero pudo ver como Busby se quitaba de encima a Sophie de un manotazo en pleno rostro, que la derribó sentada.

Y acto seguido, sin darle tiempo ni siquiera a intentar reaccionar, volvió a golpearle con la pistola, con la clarísima intención de partirle la boca. Todo lo que pudo hacer Wade fue bajar a cabeza, de modo que recibió el golpe en lo alto. Por una fracción de segundo, su cabeza se llenó de lucecitas de todos los colores.

Y súbitamente, la oscuridad absoluta.

CAPÍTULO IX

Lo primero que vio al abrir los ojos fue el rostro de Sophie, pero muy borroso. Los cerró de nuevo, y permaneció así un par de minutos, centrándose en la situación. La cual no requería demasiadas explicaciones, seguramente. Al parecer, alguien había estado vigilando la casa de los Morgan (el tipo con cara de boxeador), y le había visto entrar en ella. Como quiera que tenía allí mismo una cabina telefónica, había avisado a Busby, y éste había acudido a toda prisa.

Al salir de la casa de los Morgan, John Busby sabía ya que era Wade Cavendish quien había estado allí. Y quizá incluso le vio, en el coche con Sophie, pero simuló no darse cuenta, y se dejó seguir, para que él solito se metiera en la trampa que significaba la lancha, en la que le esperaba pistola en mano.

Por otro lado, el tipo con cara de boxeador, debía seguirlos a ellos, y cuando Sophie se apeó, detuvo el coche junto a ella, la obligó a subir y a conducir ella, y la llevó a la lancha, utilizándola como escudo cuando llegó el momento…

Notó el contacto fresco y agradable en la frente. Abrió los ojos, y vio de nuevo el rostro de Sophie, ahora con claridad.

—Wade…

—Estoy bien —musitó.

—No por mucho tiempo —oyó la voz.

Giró la cabeza, y vio al tipo con cara de boxeador sentado en el borde de la litera. El estaba tendido en el suelo, y Sophie sentada a su lado, pasándole una mano por la frente. Naturalmente, el sujeto tenía su pistola en la mano. Y acto seguido, Wade se dio cuenta de que estaba oyendo el zumbido del motor hacía rato. Estaban navegando. Y la lancha, evidentemente, la conducía Busby… Sí, el

aire fresco le sentaría bien a Busby, después de los golpes que había recibido.

—¿Adónde vamos?

—¡Al paraíso! —rió el tipo.

Wade se sentó, gimiendo al recibir en la cabeza un millón de alfilerazos. Quedó apoyado de espaldas en el tabique de proa, con las manos en la frente, que le ardía. Y sus manos no eran tan agradablemente frescas y suaves como las de Sophie. Tenía la sensación de que la cabeza se le estaba partiendo en pedacitos.

—Busby se enfadó mucho con usted —sonrió el pistolero—. Le ha roto tres o cuatro dientes, ¿sabe? Con lo presumido que ha sido siempre Busby, me parece que no se lo va a perdonar.

—¿Y usted quién es? —musitó Wade.

—¿Yo? Nadie importante. Llámeme Fox.

—¿Busby sí es importante?

—No, tampoco. Ni lo era Mersh. Nosotros tres sólo somos… empleados en la… llamémosla Sección de Emergencias.

—¿Qué clase de emergencias?

—¡Oh! Pues… Bueno, como las que representan personas como su tío, usted mismo…, y en ocasiones, cuando hay que silenciar a alguien que puede comprometer a la Euthanasia Services.

—O sea, personas como el doctor Dovershire.

—En efecto.

—¿El doctor Dovershire trabajaba para la Euthanasia Services?

—Así es.

—¿Quiere decir… que asesinaba personas… científicamente?

—Las liberaba de preocupaciones y sufrimientos.

Wade Cavendish parpadeó lentamente.

—La señora Morgan, por ejemplo, no me ha parecido una persona que tenga preocupaciones y sufrimientos.

—Ella, no —rió Fox—, pero sí su marido.

—Comprendo.

—¿De veras? ¿Qué es lo que comprende?

—Supongo que todo.

—¡No me diga!

—En el matrimonio Morgan, ¿quién es de los dos el que tiene el dinero? ¿Ella o él?

—Ella.

—Entonces, sí, lo comprendo todo.

—Es usted un tipo listo. —Fox le contemplaba con creciente curiosidad—. Y de puños muy duros, señor Cavendish.

Wade miró la pistola que empuñaba expertamente Fox. Luego, miró a Sophie, que parpadeó. Estaba asustadísima, naturalmente. Otra vez volvió Wade a mirar a Fox.

—Dentro de poco, si estoy vivo, espero heredar, entre unas cosas y otras, alrededor de un millón y medio de dólares —musitó.

—¡Caramba, qué suerte! —exclamó Fox—. ¿Por qué me dice eso, señor Cavendish?

—No soy un hombre ambicioso: me conformaría con medio millón para mí.

—¿Y el millón restante?

—Podría obsequiarlo a alguna persona que me hubiese hecho un favor.

Roscoe Fox entornó los ojos, y estuvo así unos segundos, como calibrando de nuevo a Wade. Por fin, volvió a sonreír.

—Es una oferta tentadora, lo admito —dijo—. Pero no tengo el menor deseo de que la Euthanasia me preste sus servicios.

—Quizá, para entonces, ya no exista la Euthanasia, señor Fox.

Éste movió negativamente la cabeza, aunque estaba bien claro que la idea no se apartaba por completo de su mente.

—No insista, señor Cavendish: quizá me hiciese enfadar.

—Está bien. ¿Adónde vamos?

—Ya se lo he dicho: al paraíso. Pero eso, ustedes dos. Yo seguiré en este cochino mundo.

Sophie también comprendió, y lanzó un gemidito. Wade la miró. Luego, se quedó mirando sombríamente al frente, hacia la escotilla. Solamente se oía, ahora, el zumbido del motor de la lancha. Casi era de noche. Por las ventanas laterales alargadas entraba un resplandor rojo, tirando ya a negro.

Minutos después, tras un intenso color morado, el cristal de la ventanilla era ya negro completamente. La lancha seguía su ruta.

Wade miró a Sophie.

—No pudiste avisar a Comager, claro —musitó. Ella movió negativamente la cabeza. Fox se limitó a sonreír. Desde luego, no le perdía de vista, y Wade sabía que tan sólo con que intentase ponerse en pie, recibiría un balazo. Con seguridad, Fox no tenía

deseos de arriesgarse a que le partiesen unos cuantos dientes.

Quince minutos más tarde, el motor dejó de funcionar. Y muy poco después, la lancha se había detenido. Afuera se oyeron voces. Wade miró a Fox, pero éste no se había movido: continuaba mirándole a él, muy atento, vigilante.

A los pocos segundos, Busby apareció, pistola en mano.

—Afuera, Roscoe —dijo.

Fox se puso en pie.

—Ya han oído: salgan. Alguien tiene interés en conversar con usted, señor Cavendish. Pero si intenta algo, le dispararé. Usted será quien más perderá, ¿no cree?

Salieron a cubierta. La lancha estaba detenida junto a un pequeño embarcadero de madera pintada de blanco, en el cual esperaba otro hombre. Wade captó el resplandor a su espalda, y volvió la cabeza. Naturalmente, era Nueva York. Una gigantesca mancha de luz, a una distancia que no pudo determinar.

—¿Dónde estamos?

—Desembarque —gruñó Busby.

Saltó al embarcadero, y ayudó a Sophie, que se agarró a su mano casi frenéticamente. Wade notó fría la de la muchacha, la miró, y se reprochó, una vez más, no haber acudido desde el primer momento a la policía. Pero ya era inútil lamentarse.

—Camines —dijo el hombre del embarcadero, señalando hacia su espalda por encima del hombro.

—Cuidado con él, Slim —refunfuñó Busby—: este tipo tiene los puños muy rápidos.

—Más rápidas son las balas, querido —dijo Slim.

Wade y Sophie caminaban ya hacia la luz que veían frente a ellos. Tardaron poco en distinguir la forma de la casa, dos de cuyas ventanas estaban iluminadas. Alrededor se oía el croar de algunas ranas. Y detrás, muy quedos, oían los pasos de los tres hombres armados.

Llegaron a la casa, y el llamado Slim se adelantó, y abrió la puerta. La luz del vestíbulo estaba encendida, y Wade comprendió en seguida que estaba en una casa aún mejor que la de los Morgan, más grande y lujosa. Una enorme araña de cristal pendía del techo. A su izquierda habían dos cuadros que ya valían una pequeña fortuna. Y los muebles. El piso relucía como cristal.

Bueno, la conclusión no podía ser más sencilla: un millonario, entre muchos de Nueva York, que tenía una casa a la orilla del mar, eso era todo.

Slim caminó hacia la gran puerta que había a la izquierda, llamó, y entró. Salió un minuto más tarde.

—Adentro —dijo.

Entraron en el lujoso, casi fastuoso, salón.

Había allí, sentadas en el sofá, dos personas. A cuál más interesante… Un hombre y una mujer. El hombre debía tener algo más de cincuenta años, y era un tipo de película: elegantísimo, pero sin rebuscamiento; muy atractivo, canas en las sienes, bronceado, saludable; vestía de *smoking*.

La muchacha que había a su lado, también era de película. Hermosísima, resplandeciente, de piel tan fina que parecía seda; sus cabellos rojos eran muy largos; sus ojos, verdes; debía tener la edad aproximada de Sophie, esto es, alrededor de veintitrés años. Era una preciosa muñequita con vestido de noche, que dejaba al descubierto sus hombros y mostraba con generosidad el airoso busto.

El hombre guapísimo se había puesto en pie, y sonrió amablemente.

—¿Señor Cavendish? ¿Cómo está?

—Por ahora, bien —musitó Wade.

El hombre sonrió más ampliamente. Una sonrisa tan cordial y atractiva que por un momento Wade pensó que allí no iba a pasar nada, que estaba entre simpáticos amigos.

—Soy Charles Dundee —se presentó; miró un instante al bombón pelirrojo—. Ella es mi esposa, Emily.

Wade la miró sin excesiva sorpresa, y la muchacha se limitó a sonreír. Muy bien, una de tantas niñas lindas que venden su belleza y juventud, legalmente, a quien mejor puede pagarla. En este caso, un hombre que tenía treinta años más que ella; pero, quizá, también tenía treinta millones de dólares. O tres, solamente. Ya eran bastantes…

Wade siguió el juego, señalando a Sophie.

—La señorita Kenesaw, secretaria de mi tío.

—Es un placer, señorita Kenesaw —se inclinó el llamado Charles Dundee—. ¿De modo que trabajaba usted con Harry Cavendish?

—Sí… Sí, señor.

—Me imagino que el pobre señor Cavendish tendría una gran confianza en usted.

—Sí, naturalmente.

—Claro… Por favor, ¿no quieren sentarse? ¿Desean tomar algo?

Señaló la mesita baja donde habían vasos, un par de botellas de *whisky* (naturalmente de las mejores marcas), un cubo de plata con hielo, y otro más grande, también de plata, con una botella de champaña dentro, manteniéndose fría entre el hielo picado. En la parte de la mesita delante de los Dundee se veían dos copas, ya vacías…

—Todavía queda champaña —dijo Charles Dundee.

—Preferiría un *whisky* —murmuró Wade.

—Sí, lo comprendo. ¿Y usted, señorita Kenesaw?

—Yo no quiero nada —replicó abruptamente Sophie.

—Como guste. Pero, por favor, siéntense.

Sophie se sentó en un sillón, y Wade la imitó ocupando otro, frente a los Dundee, con la mesita entremedio. Charles Dundee sirvió *whisky* en un vaso, y lo tendió a Wade, que se echó dos cubitos de hielo. Luego, miró de reojo a Busby, Slim y Fox, que permanecían inmóviles, como estatuas.

—¿Usted es quien dirige la Euthanasia Services, señor Dundee? —preguntó Wade, alzando el vaso.

—Tengo el honor de haberla fundado —sonrió Dundee—. Por lo tanto, en efecto, nadie mejor que yo para dirigirla.

—Eso quiere decir que es usted un asesino, señor Dundee.

—En efecto.

Sophie lanzó una exclamación. Wade sólo se estremeció. Luego, haciendo lo posible por parecer sereno, bebió un trago de *whisky* y murmuró:

—Es muy bueno.

—A mí sólo me gusta lo mejor. Pero, claro: lo mejor es siempre lo más caro. —Charles Dundee deslizó un dedo por un bracito de su esposa—. Y para pagar lo más caro, hay que tener mucho dinero.

—Sí. Y la oscuridad es oscura.

—¡Tiene razón, señor Cavendish! —rió Dundee—. ¡Acabo de decir una tontería! Pero, todos cometemos tonterías. Por ejemplo, su tío.

—¿Se refiere a su… experiencia premortuoria?

Charles Dundee alzó las cejas, en un gesto de grata sorpresa.

—Interesante definición de la broma de su tío, señor Cavendish. Sí, realmente, fue una experiencia premortuoria. Y una gran tontería, claro. A fin de cuentas, para saber lo que piensan los herederos de uno, no hay que morirse. ¡Es tan simple! Me refiero, claro está, a herederos no demasiado allegados. Por ejemplo: la Euthanasia Services jamás cometería la estupidez de hacer proposiciones al hijo de una persona enferma… No es fácil encontrar hijos que estén dispuestos a aplicarle la eutanasia a su padre o su madre. Hay gente muy… bestia, digamos, pero no tanto.

—La eutanasia, como usted la llama, es un asesinato, tal como usted la tiene enfocada, también, señor Dundee. Es decir: siempre es un asesinato.

—Ya lo sé.

—Y a lo mejor. —Wade dirigió una veloz mirada a la bella pelirroja—, dentro de poco se encuentra usted con que la Euthanasia le presta sus servicios a usted mismo, a instancias de alguien.

Emily Dundee lanzó una exclamación, y se irguió en el sofá, palidísima. Pero su marido se echó a reír, de muy buena gana, con total sinceridad.

—¡Es usted un hombre interesante, señor Cavendish! —exclamó entre risas—. ¡Muy interesante!

—¿Le parece imposible lo que he dicho?

—¡Claro que no! ¡Pero si precisamente la idea se me ocurrió a raíz de mi matrimonio con Emily, hace tres años…! Entonces no tenía tanto dinero como ahora. Sí, desde luego el suficiente para tentar a una jovencita como Emily, y tuve la suerte de que aceptase casarse t con mi dinero…

—¡Charles! —exclamó la muchacha.

—¡Oh, vamos, querida! Sólo estoy conversando con el señor Cavendish… No debes preocuparte. Durante estos tres años, has sido una esposa perfecta en todos los sentidos, no tengo nada que reprocharte. Pero, como es lógico, yo debía pensar que te habías casado conmigo por mi dinero.

—¡Eso fue al principio! ¡Ahora sabes que te amo!

—Lo sé, querida, lo sé. Por favor, tranquilízate. Sé que me amas, actualmente, y tú sabes cuánto te amo yo a ti. Nosotros no vamos a

pelear por lo que diga el señor Cavendish. Pero, como somos personas razonables e inteligentes, hay que darle la razón: inicialmente, te casaste conmigo por mi dinero. Como tantas y tantas chicas jóvenes y bonitas. Incluso, como tantos apuestos muchachos que se casan con mujeres que tienen muchos más años que ellos…

—Como el señor Morgan, por ejemplo —dijo Wade.

—Sí, eso es: como Samuel Morgan, en efecto, señor Cavendish. Pero no perdamos el hilo… Como le decía, la idea se me ocurrió a raíz de mi matrimonio con Emily. Yo me decía que era imposible que ella pudiese amarme, y que, lógicamente, se había casado conmigo por mi dinero. Era natural, y no se lo reprochaba en modo alguno. Pero… Bien, pensando, pensando, llegué a decirme que quizá Emily estaba deseando que me muriese, para heredarme. Lo cual, salvo imprevistos, estaba muy lejos de suceder, pues tanto ahora como hace tres años, estoy gozando de una salud magnífica. Esto, claro está, iba a retrasar la viudez de Emily mucho tiempo. Veinte años, quizá treinta… Incluso más. No sería el primer hombre que vive noventa años, ¿verdad?

—No. Y eso es mucho tiempo.

—Sí… Me imaginé a Emily viviendo conmigo treinta años. Por ahora, todo va bien, aún soy fuerte, ¿comprende? Y hasta resulto un marido atractivo e interesante —sonrió—. Pero, claro, los años van a pasar, y cuando tenga sesenta no estaré como ahora, y menos aún, al llegar a los setenta… Para entonces, Emily tendrá cuarenta. Una mujer en la plenitud de la vida… casada con un anciano. Quizá sí que entonces Emily estaría deseando ya que me muriese. En fin, señor Cavendish, que pensando, pensando, me dije que una persona podía incluso hacer algo… punible con tal de heredar una fortuna cuando aún está en condiciones de disfrutarla.

—A cualquier edad se puede disfrutar.

—No todo el mundo piensa como usted. Hay gente que está esperando ansiosamente poder hacer muchas cosas que le están vedadas por el simple hecho de que tal o cual pariente todavía está vivo, y, como es lógico, no tiene intención de desprenderse de su fortuna. Entonces, claro, sólo hay una solución: acelerar el fallecimiento.

—Y usted puso en práctica su idea.

—Así es. Al principio, debo admitirlo, con muchos recelos. Pero, quedé gratamente sorprendido por mi primer… cliente. Aceptó en el acto. En la actualidad, creo que está gastándose el dinero en Las Vegas, muy alegremente, mientras su tía reposa hace dos años y medio en un hermoso panteón familiar.

—¡Dios mío! —gimió Sophie.

—Sí —admitió Dundee—, al principio suena un poco terrible. Pero no lo es tanto. A fin de cuentas, la mayoría de los difuntos han sido personas muy enfermas …

—La señora Morgan está enferma, es cierto —dijo Wade—, pero podría vivir así muchos años.

—Amigo mío, ¡eso es precisamente lo que tiene amargado al señor Morgan! Es un hombre joven, fuerte, con toda una vida por delante. ¿Por qué ha de pasarla junto a una inválida que sólo sirve para pedirle que le llame cada día, varias veces, desde la oficina, y para esperarle ansiosamente todos los días en el salón, para jugar con él al ajedrez, o algo así? Francamente, no tiene nada de extraño que el señor Morgan esté deseando que su esposa fallezca, con el fin de explotar alegremente.

—Con el dinero de ella.

—¡Oh, sí, claro! Es condición indispensable que la víctima tenga mucho dinero. No podría ser de otro modo, porque tanto el cliente de la Euthanasia Services como ésta misma, tienen que llevarse una buena parte.

Si no, no vale la pena.

—Esto es monstruoso. ¿Usted no se da cuenta?

—Claro que me doy cuenta, señor Cavendish. Pero no pretenderá que cierre tan formidable negocio, ¿verdad? ¡Y es tan fácil…! Nada de emplear asesinos a sueldo, como los que usted conoce —señaló a sus tres sicarios, que sonrieron—. No. Éstos sólo son utilizados cuando surge alguna emergencia, como la representada por usted y su tío Harry, o el doctor Dovershire.

—¿Por qué al doc…?

—Calma, calma. Tengo intención de explicárselo todo, pero se va a alargar mucho la conversación si usted me va interrumpiendo. Y tengo que estar en Nueva York a las nueve, para una recepción, con mi esposa. ¿Por dónde íbamos?

—Por las emergencias.

—¡Ah, sí! Bien, ellos —volvió a señalar a los asesinos—, sólo actúan cuando hay algún contratiempo, que, afortunadamente, han sido muy pocos, por lo que mis hombres se están dando la gran vida. Y como es natural, están muy bien pagados. Vea cómo funciona esto. Pongamos el caso del señor Morgan como ejemplo… Yo me desenvuelvo en un ambiente social adinerado, como usted habrá comprendido, así que tengo acceso a información sobre personas muy ricas. El señor Morgan es una de esas personas que es rica porque se ha casado con una millonaria. Entonces, profundizo en mis averiguaciones, con gran delicadeza. Finalmente, llega el momento de la proposición, que, claro está, nunca hago yo personalmente. Para eso están mis empleados, como Busby y Mersh, que además de ser eficientes en asesinatos, son personas de un aceptable nivel de educación. Ellos hacen el contacto y la oferta. Si el cliente acepta, intervienen los médicos.

—¿Dovershire era uno de ellos?

—Por supuesto. Y tengo tres más que están en pleno activo.

—¿Quiere decir que tiene médicos a su servicio, para matar?

—Para matar por compasión, en la mayoría de los casos. Como la señora Morgan. ¿No es triste vivir así, señor Cavendish?

—¡Usted es un cínico!

—Cierto —sonrió Dundee—. Un asesino cínico e inteligente. Pero sigamos… una vez el cliente acepta, se le da el nombre de un médico. El cliente tiene que hacer las cosas bien: si ya tienen médico familiar, se le dice que van a consultar a otro, etcétera. Ningún médico puede negarse a aceptar eso. Entonces, llega nuestro médico, examina a la víctima, se muestra amable, eficaz en lo posible… Pero, llegado el momento, administran una inyección a la víctima, y ésta fallece dulcemente. ¿Quién va a sospechar nada? El médico de la Euthanasia Services certifica que ha muerto de un fallo cardíaco o cualquier otra cosa perfectamente admisible, y asunto terminado. Nuestro cliente cobra la herencia, y paga. ¿Cuándo? Depende… Si por ejemplo hereda solamente doscientos mil dólares, cobramos cincuenta mil. Si hereda cinco millones, exigimos uno para la Euthanasia. De ese millón, se hacen tres partes. Una, para el médico; otra, para mí; otra, para mis hombres, que se lo reparten entre ellos a su gusto. Y así, todos nos estamos enriqueciendo formidablemente, señor Cavendish. De pronto —el

ceño de Charles Dundee se frunció—, lo inesperado, la amenaza: un tal Harry Cavendish se entera del asunto.

—¿Cómo pudo enterarse mi tío?

—Resulta que cierta persona le debía mucho dinero a su tío. Esa persona tiene un familiar enfermo, aunque no de gravedad, ¿comprende? Un familiar rico, por supuesto. Su tío estaba presionando mucho a esa cierta persona y, finalmente, la amenazó con arruinarlo definitivamente, con hundirlo, si no le pagaba. ¿Qué hizo esa persona estúpida, que ya estaba en tratos con nosotros? Pues le dijo a su tío que esperase un poco, que muy pronto podría pagarle todo. Su tío no quería ni oír hablar de esperar más…

—Muy propio de él.

—Parece ser que sí. Bien, como no quería esperar, esa otra persona tuvo que convencerlo explicándole que muy pronto iba a heredar una importantísima cantidad al oír lo de «muy pronto», su tío se echó a reír, y dijo que eso tardaría años… Total, señor Cavendish, que nuestro cliente cometió la imprudencia de contárselo todo a su tío. Y su tío llamó a Dovershire, que era el médico encargado del caso, y le soltó a bocajarro lo que sabía de él…

—¿Por eso mataron a mi tío?

—Bueno… No exactamente, señor Cavendish. Ocurrió que su tío, además de obligar a Dovershire a secundarle en la broma…, en la experiencia premortuoria, quiero decir, pretendía que la Euthanasia Services le pagase una parte de sus beneficios.

—No —jadeó Wade, poniéndose en pie—. ¡No es cierto!

—Le aseguro que sí, señor Cavendish.

—Por el amor de Dios… ¡Tío Harry no podía pretender nada así! ¡No!

—Lo siento por usted, pero es cierto. Entonces, nosotros, decidimos cortar por lo sano. Al llegar ayer a su apartamento, Dovershire llamó a Mersh a su apartamento de Nueva York. Mersh me llamó a mí. Y yo dispuse lo único que podía disponer. Nada de riesgos: había que eliminar a Harry Cavendish, y también, por si acaso, al doctor Dovershire. Así que mis hombres fueron a ver a Dovershire, éste les explicó cómo había sucedido todo, les detalló la casa de su tío…, y les dijo que éste había hablado en privado con usted, y que quizá lo había puesto al corriente, como hombre más

joven y duro para que tratase con nosotros. Por lo tanto, señor Cavendish, a usted también había que matarlo. ¿Lo comprende, ahora?

Wade se dejó caer de nuevo en el sillón, y hundió la barbilla en el pecho. No contestó. Durante unos segundos, el silencio fue total en el lujoso salón.

Por fin, Wade musitó:

—¿Por qué me ha traído aquí? ¿Por qué me lo ha contado todo?

—¿Su tío no lo hizo?

—No Hablamos de otra cosa, y muy brevemente.

—Bien… Nosotros no sabíamos eso. Pensábamos que sí estaba al corriente.

—¿Por qué habían de pensar eso?

—Porque no llamó a la policía después de recibir la visita de Mersh, sino que se lo llevo por ahí, Eso nos hizo pensar que usted lo sabía todo, y que quizá insistiría en pedirnos una parte, como había hecho su tío. Así que dispusimos que hubiese siempre alguien vigilando delante del apartamento de Mersh. Por dos motivos, Uno: si llegaba la policía, sabríamos que finalmente usted había ido a contarles lo que sabía: Dos: si no llegaba la policía, quizá llegaría usted, siguiendo la pista de Mersh, para continuar las… negociaciones con quien encontrase. Llegó usted. Cuando salió, Fox le siguió, y, al ver que iba a ver a Morgan, se asustó. Llamó a Busby, que llegó cuando usted se marchaba… Lo demás ya lo sabemos todo. Pero hay algo que yo ignoro, señor Cavendish: ¿por qué no avisó a la policía, respecto a que Mersh había querido matarlo?

—No quise complicarme la vida. Una estupidez.

—Quizá. Pero, ¿no será porque tenía intenciones de seguir el camino trazado por su tío? Es lo único que puedo pensar en vista de su silencio con la policía. Es lo lógico, además. Y, claro, un hombre inteligente como usted, habrá tomado sus medidas, ¿verdad?

Wade Cavendish estuvo a punto de lanzar un grito de alegría al comprender por qué Charles Dundee había ordenado que le llevasen con vida allí, en lugar de matarlo en cualquier parte: quería saber si lo que creía que le había contado su tío Harry, él lo había dicho a su vez a alguien, para eliminarlo también…

—Sí —dijo—, por supuesto que he tomado mis medidas.

—Ya. ¿Qué medidas?

—Hay una carta que será cursada a la policía, cuando yo esté ausente de mi apartamento más de tres días.

—Entiendo. En esa carta se explica todo, ¿verdad?

—Claro.

—Señor Cavendish —sonrió Charles Dundee—. Gracias.

—¿Por qué? —se sorprendió Wade.

—Porque ahora puedo saber si es cierto que debo temer algo, o, por el contrario, esa carta no existe, ni usted ha dicho nada a nadie sobre esto.

—No puede saberlo de ninguna manera —negó Wade.

—Ya lo creo que sí. Usted es un hombre inteligente, así que en esa carta, como pista para la policía, debe mencionar el nombre de la persona que puso a su tío al corriente de todo esto. Ya sabe, esa persona que le debía dinero a su tío, y que le dijo que pronto iba a heredar… Su tío debió decirle ese nombre, sí es que antes me ha engañado y lo que habló con él fue sobre la Euthanasia, como todos temíamos… ¿Qué nombre fue ése, señor Cavendish?

—No tengo por qué decirlo.

—Si no lo dice, yo entenderé que, en efecto, habló usted con su tío de otra cosa, y que no tiene escrita esa carta para la policía. ¿Cuál es el nombre de esa persona?

Wade Cavendish permaneció en silencio.

Pasó un minuto.

Charles Dundee se puso en pie, mirando su reloj.

—Es ya muy tarde. Vamos, querida —tendió una mano a la bella pelirroja—. Está feo llegar tarde a una fiesta. Cuando regresemos, Busby —miró hacia éste—, espero que ya no estéis aquí.

—Descuide, señor Dundee —sonrió Busby—. ¿Nos llevamos a éstos a dar un paseo mar adentro?

—Sí, Matadlos.

CAPÍTULO X

Sophie Kenesaw lanzó un grito, y palideció.

Entonces, Wade Cavendish hizo lo que estaba pensando hacía ya varios minutos, pero que hasta entonces no había sido factible.

Ahora, sí.

Ahora, los Dundee estaban de pie, frente a él, al otro lado de la mesita llena de vasos y botellas… Estaban a su alcance.

Y ya no lo pensó más.

Todavía estaba vibrando el grito de Sophie cuando él saltó por encima de la mesa, aterrizando delante de los Dundee, lanzando ya su puño derecho, que restalló secamente en la barbilla de Charles Dundee, tirándolo de espaldas en el sofá. Su reacción fue tan veloz que nadie tuvo tiempo de hacer nada: cuando Dundee, semiaturdido, y los demás fueron a darse cuenta, él estaba detrás de la bella pelirroja, asiéndola rudamente por los cabellos, forzando su cabeza hacia atrás, interponiéndola entre él y los pistoleros.

Y no sólo esto, sino que tomó por el cuello una de las botellas de *whisky*, la rompió contra el borde de la mesa, y colocó los terroríficos bordes tocando la garganta de la pelirroja, que lanzó un chillido de pavor, y quedó inmóvil.

Wade retrocedió un par de pasos, tirando de los cabellos de Emily, siempre controlándola con mano férrea, y sin apartar los agudos bordes de la botella rota de su garganta… El primero en reaccionar a continuación fue charles Dundee, que se puso en pie de un salto, pálido como un muerto.

—¡Quietos! —gritó—. ¡No disparéis contra él, podríais matar a Emily!

—Y si no lo hacen ellos, lo haré yo —jadeó Wade—. ¡Dígales que dejen caer sus pistolas, señor Dundee!

—No tan de prisa, señor Cavendish… No tiene usted controlada completamente la situación. ¿Qué puede hacer con esa botella contra tres hombres armados? Y no olvide que podemos matar a la señorita Kenesaw.

—¿Y a mí qué me importa?

Sophie parecía a punto de desmayarse. Dundee no sabía qué hacer. Y menos que él, sus hombres.

—Vamos a estudiar el modo de arreglar esto, señor Cavendish —contemporizó Dundee—. Su actitud es absurda: no podrá salir vivo de esta casa, haga lo que haga.

—Lo que haré, si no sueltan sus pistolas y se van, será matar a su esposa, señor Dundee. Si fuese al revés, o sea, si lo tuviese a usted aquí y dependiese de ella su supervivencia, no confiaría demasiado. Pero es ella la que está aquí, y sé que usted si la ama realmente. Se lo juro: si sus hombres no dejan caer las pistolas y se van antes de cinco segundos, le voy a destrozar la garganta a su mujer. Cinco segundos. Cuatro segundos. Tres seg…

—Hacedlo —dijo con voz ronca Charles Dundee.

—Pero, señor Dundee… —empezó Fox.

—¡Hacedlo! —gritó el inventor de la Euthanasia Services—. ¡Ya arreglaremos esto el señor Cavendish y yo!

Todavía vacilaron los tres hombres, pero, finalmente, dejaron caer sus armas. Wade Cavendish no sabía sí desmayarse o echarse a reír como un loco. Santo cielo: ¿cómo podían pensar que él era capaz de degollar a una mujer, con una botella rota? La respuesta era muy sencilla: lo admitían porque ellos sí eran capaces de hacerlo.

—Salgan de la casa, ¡pronto! —ordenó—. Quiero que vayan al garaje, saquen un coche y se marchen. Sophie, sal a la puerta y asegúrate de que lo hacen. Y no tengas miedo: no te harán daño alguno… ¿Verdad, señor Dundee?

—Obedeced —asintió éste.

Busby, Fox y Slim salieron del salón, seguidos por Sophie, a la que le temblaban las piernas. Emily Dundee gimió de dolor, por la tensión en sus cabellos, pero Wade apretó más fuertemente aún.

—No se mueva, señora Dundee, o todo puede terminar muy mal para todos —masculló.

Tampoco Charles Dundee se movía. Dejaron de oír las pisadas

afuera. Luego, el silencio, hasta que poco después oyeron el motor de un coche, que muy pronto se perdió en la distancia… Al poco, regresó Sophie, un poco más serena.

—Se… se han ido, Wade…

—Está bien. Recoge esas pistolas y tráemelas.

Una vez estuvo Sophie cerca de él, Wade empujó a Emily hacia su marido, y tomó dos de las pistolas.

—Tú quédate con una —murmuró; apuntó con las otras dos a los Dundee—. Vamos a su despacho, señor Dundee. Quiero que abra la caja fuerte.

—¿Para qué? ¿Es usted un ladrón?

—Haga lo que le digo, o disparo contra los dos.

Cruzaron el vestíbulo los cuatro, y llegaron al despacho. A una orden de Wade, Dundee encendió la luz. Wade volvió a sujetar a Emily por los cabellos, y la llevó hacia un sillón.

—Siéntese aquí, y no se mueva. Sophie, si se mueve, dispárale.

—Sí…, sí…, sí…

Wade la miró de reojo, pero se abstuvo de hacer comentarios sobre sus dudas al respecto, encarándose de nuevo con Charles Dundee.

—Abra la caja. Y por si le interesa, no se trata de un robo. Lo que quiero es ver si usted tiene ahí dentro algo escrito que pueda ayudar a la policía a destruir la Euthanasia Services. Si no es así, tendrán que confiar en su palabra… Pero preferiría dárselo todo masticado al simpático sargento Comager.

—Tengo una libreta en la caja —bajó Dundee la cabeza—. Sólo hay nombres, sin más indicaciones, pero son los nombres de los clientes y de nuestros médicos.

—Saque esa libreta.

—Señor Cavendish, podemos llegar a un acuerdo. Hay tanto dinero a ganar que…

—¿Quiere que le rompa todos los dientes, Dundee?

Éste apretó los labios, y pasó detrás de la mesa. Wade fue tras él, y quedó a su espalda, observándole mientras apartaba el cuadro y luego marcaba el número de la combinación. Finalmente, Dundee abrió la gruesa compuerta de acero de la caja empotrada.

—Saque esa libreta, y pásemela por encima del hombro. Sin volverse y sin moverse más —ordenó Wade.

Charles Dundee metió la mano dentro de la caja…, lanzó un grito y se volvió, empuñando una pistola…

Wade cumplió su palabra.

Adelantó un paso cuando Dundee todavía estaba girando y, justo en el momento en que lo hacía le golpeó en la boca con la pistola que empuñaba con la mano derecha. Por supuesto que le rompió varios dientes, y Dundee, lanzando un chillido ahora de dolor, cayó de rodillas, llevándose las manos a la boca, olvidado por completo de la pistola. Wade lo derribó de costado de un puntapié, alejándolo del arma, y la recogió. Se encontró con tres pistolas en las manos, y, ciertamente, sin idea alguna de qué hacer con ellas. Optó por guardarse dos en los bolsillos, quedando armado hasta los dientes, y tras una mirada hacia atrás, para asegurarse de que la bella Emily seguía bajo el control de Sophie, se acercó a la caja, metió la mano dentro, y comenzó a sacar cosas: joyas, dinero, pasaporte, documentos… En efecto, había también una libreta de tapas negras.

La hojeó, y vio los nombres escritos en ella. Pero, podía ser una mentira de Charles Dundee… Lanzó una exclamación, y recuperó algunas de las hojas.

No.

No se había equivocado. Allá estaba el nombre de Alexander Dovershire. Y en la misma página, tres nombres más: los cuatro médicos compasivos de la Euthanasia Services, Con esto, la policía tendría más que suficiente.

Se guardó la libreta, y miró a Dundee, que seguía gimiendo y escupiendo sangre y pedazos de dientes.

—Vamos al embarcadero —dijo—. ¡Vamos, muévase! Va a dar un bonito paseo por mar, antes de quedar en manos de la policía. ¡Póngase en pie!

Charles Dundee pareció ser disparado hacia arriba. Se quedó mirando con expresión turbia a Wade, que movió la pistola hacia la puerta.

—Vamos, ¡camine ya!

Segundos después salían de la casa, y se dirigían hacia el embarcadero. Al fondo, ante ellos, se extendía el mar, brillando con reflejos de miles de estrellas, que refulgían con todo su poder, pues era luna nueva y no tenían competencia que las hiciese perder parte de su brillo.

Se oían algunas ranas croando, no muy lejos.

La forma blanca del embarcadero apareció, de pronto, a menos de treinta metros. Llegaron a la zona rocosa. Oían ya el chapoteo del mar contra las rocas de la cercana costa…

—¡Wade…! —gritó Sophie.

Su grito coincidió con la aparición de aquella sombra a la izquierda y un poco por delante de Wade, que se volvió velozmente y disparó, sin más complicaciones.

A tres metros de él, puesto en pie de pronto en el lugar donde había estado tendido esperando, Busby lanzó un berrido al recibir el balazo en el estómago, se llevó las manos allí, y cayó de bruces, aullando, rompiéndose aún más la cara contra la dura roca.

Por detrás de Wade y a su derecha, había sonado otro disparo y otro alarido de dolor. Al volverse, vio a Slim, saltando sobre una sola pierna, aullando espantosamente, y a Sophie que todavía le apuntaba con la pistola, mientras su brazo describía círculos, tal era el temblor de la muchacha.

Pero, al mismo tiempo que veía esto. Fox cayó sobre Wade, aferrándole con terrible fuerza la muñeca derecha, y lanzando un rodillazo al bajo vientre. Sólo que, en cuestiones de pelea, Wade Cavendish era un alumno que aprendía muy rápido. Todo lo que hizo fue girar las caderas, y el rodillazo le acertó en el lado izquierdo. Y, como al mismo tiempo que giraba sus caderas hacia la derecha, lanzaba el puño izquierdo, Roscoe Fox pudo probar su dureza: su aspecto de boxeador iba a mejorar, porque el puño de Wade le hundió la nariz como si fuese de goma, haciendo crujir la ternilla.

Por supuesto que Fox soltó la muñeca derecha de Wade. Cayó de espaldas, giró hacia atrás, y quedó de nuevo en pie, tambaleante, y maldiciendo de un modo horrendo, imitando así a Slim, que cojeando y todo, cargaba de nuevo contra la aterrada Sophie.

—¡Dispárale! —gritó Wade—. ¡Dispárale a la otra pierna, Sophy…!

Y mientras gritaba, lanzó un golpe con la pistola en plena cara de Fox, que lanzó otro berrido y cayó de nuevo de espalda…, para no moverse ya.

Evidentemente, Sophie había vuelto a disparar, porque Slim yacía ahora tendido de bruces, cerca de los pies de la muchacha,

maldiciendo de tal modo que a Wade se le pusieron los pelos de punta…

El motor de la lancha rugió, fuertemente.

Y Wade pareció despertar de un sueño.

—¡Se van a escapar! —aulló—. ¡Vigila a éstos, no te acerques a ellos…!

Echó a correr a toda velocidad hacia el embarcadero, salvando los treinta metros en menos de cinco segundos. Para entonces, la lancha estaba a unos veinte metros del embarcadero, ganando velocidad muy rápidamente, escapando con los aprovechados Dundee a bordo…

—¡Dundee, vuelva o…! —empezó a gritar Wade.

Pero sabía que era inútil.

El más sorprendido fue él, desde luego, por las consecuencias de sus disparos que efectuó de un modo mecánico, sin propósito determinado alguno: la lancha estaba ya a más de cuarenta metros cuando, de pronto, estalló, se convirtió en una bola de fuego increíblemente grande, irradiando tal calor, que Wade retrocedió, respingando. La bola de fuego terminó en una sorda explosión, que iluminó el mar en rojo muchas millas hacia dentro.

—¡Dios! —jadeó Wade—. ¡Buen Dios!

* * *

—De todos modos, se lo merecían —murmuró el sargento Comager.

Wade Cavendish no contestó. Estaba sentado en el sofá donde un par de horas antes habían estado Charles y Emily Dundee, bellísimos ambos, impecables, elegantes… En el suelo, sobre la alfombra, se veían los restos de la botella de *whisky*, y todavía se olía éste. Junto a Wade, estaba Sophie, que había permanecido como alucinada durante la explicación de Wade al sargento Comager, que había acudido poco menos que volando en cuanto Wade llamó al Police Department desde la misma quinta de los Dundee.

En vista del silencio de Wade, Comager se permitió insistir:

—No tiene que preocuparse, señor Cavendish: nada va a ocurrirle a usted por lo sucedido.

—He matado a tres personas —susurró Wade.

—Las cuales, no sólo querían matarle a usted, sino que se lo merecían sin lugar a dudas. De todos modos, comprendo su estado de ánimo: a mí me pasó lo mismo la primera vez que me vi obligado a disparar contra un hombre. Será mejor que se tomen un *whisky*. Yo voy a ver cómo están las cosas por ahí fuera.

Cuando regresó, diez minutos más tarde, ni Sophie ni Wade estaban bebiendo *whisky*, desde luego. Seguían igual.

—Bueno… Los tres asesinos están vivos. El que está peor es el del balazo en el estómago, claro, pero quedará con vida para ser juzgado. En cuanto a los de la libreta —se palpó la chaqueta a la altura del pectoral derecho—, no tardaremos mucho en meterles mano, si me permiten la expresión vulgar y habitual. Mmmm… Han regresado los criados.

—¿Qué criados? —Le miró Wade.

—Los de esta casa. Un hombre y una mujer. Los Dundee les dieron fiesta desde la tarde, porque iban a cenar fuera. Con tal de que estuviesen aquí antes de las dos de la mañana, que es la hora en que pensaban regresar…

—Sí, entiendo. Sargento, ¿podemos marchamos Sophy y yo? Lo único que hacemos aquí es estorbar a usted y a sus hombres.

Comager quedó pensativo unos segundos. Por fin, se rascó la nuca, y dijo:

—Miren, por mi parte no hay inconveniente, pero les voy a dar un consejo: no se vayan hoy a dormir, porque no conseguirían hacerlo. Lo mejor es que se vengan conmigo al Departamento, preparamos su declaración, la firman, y ya no les molestaremos más, espero. De este modo, se ahorran una mala noche, y las molestias que tendrían en otro momento.

—A mí me parece bien —murmuró Sophie—, porque desde luego, yo no podría dormir.

—De acuerdo —aceptó también Wade—. ¿Cuándo podremos disponer del cadáver de mi tío, para enterrarlo?

—Está a disposición de sus familiares desde ahora mismo, señor Cavendish. Discúlpeme por no acompañarlos al cementerio, pero voy a estar muy ocupado. Y de todos modos, ya serán ustedes muchos.

ESTE ES EL FINAL

¿Muchos?

Al entierro de Harry Cavendish acudió una sola persona: Wade Cavendish. De por sí, los entierros son deprimentes y tristes, naturalmente. Pero, en aquel caso no había ni tristeza ni alegría. Sólo el hecho sorprendente de que hubiese alguien en el mundo que no fuese acompañado por amigos y familiares a su última morada.

—Y esto, tío Harry —musitó Wade, ante la tumba—, es sencillamente espantoso. Espero que Dios te permita descansar en paz. Amén.

Cuando llegó a su apartamento en Greenwich Village, Sophie estaba allí, sentada en los escalones, esperándole. No la había visto desde que se despidieron al amanecer al salir del Police Department, ya firmadas sus declaraciones. Sophie se había ido a su apartamento a descansar y Wade, sencillamente, no quiso molestarla. Tío Harry no merecía ni siquiera eso.

—¿Por qué no me has llamado? —Se puso en pie ella—. Cuando he despertado, ya sólo tenía tiempo de venir aquí.

—¿Y puedo saber qué haces aquí?

—Hoy es viernes. Fin de semana.

Wade Cavendish se quedó mirándola. De pronto, sonrió, y señaló la puerta. Desde luego, no se iba a amargar la vida por la muerte de un ser como tío Harry, eso era seguro.

—Vamos adentro… No quisiera que me enseñases las piernas aquí: cualquiera de los muchachos puede salir, mirar hacia arriba, y… Bueno, no hay que distraerlos de sus entrenamientos, ¿comprendes?

—¿Tú no te entrenas hoy?

Wade abrió la puerta del apartamento, y se apartó, mirando maliciosamente a Sophie.

—Prefiero el tenis —dijo.

Entraron, y en cuanto Wade hubo cerrado la puerta, Sophie se colgó de su cuello.

—Wade, ¿es cierto lo que dijiste?

—¿Qué dije? —deslizó él sus manos por la cintura femenina.

—Dijiste… que no te importaba que me matasen…

—¿Y qué querías que dijese? ¿Que tan sólo con que me amenazasen con arrancarte un cabello, podían dominarme?

—Oh… ¡Oh! ¿Eso es cierto, Wade?

—Más o menos. Supongo que puedes perder un cabello. ¡Tienes tantos…!

Subió una mano por la espalda de la muchacha, deslizándola de tal modo que Sophie se estremeció. Y antes de que ella pudiese decir natía más, la estrechó contra sí.

Ni idea del tiempo.

Y quizá se hubiesen hecho viejos allí, besándose, si no hubiese sonado la llamada a la puerta. Wade hizo caso omiso, pero, finalmente, Sophie consiguió desasirse, y jadear:

—Mientras tú… atiendes a quien sea… yo recuperaré la respiración…

Wade frunció el ceño, y abrió la puerta, con cara de pocos amigos. Últimamente solo se llevaba sorpresas al abrir aquella puerta.

—Atiza —mascculló—. ¡La policía!

—¿Qué tal, señor Cavendish? —sonrió el sargento Comager—. Hola, señorita Kenesaw.

—¡Hola, sargento! ¿Hemos hecho alguna otra cosa que…?

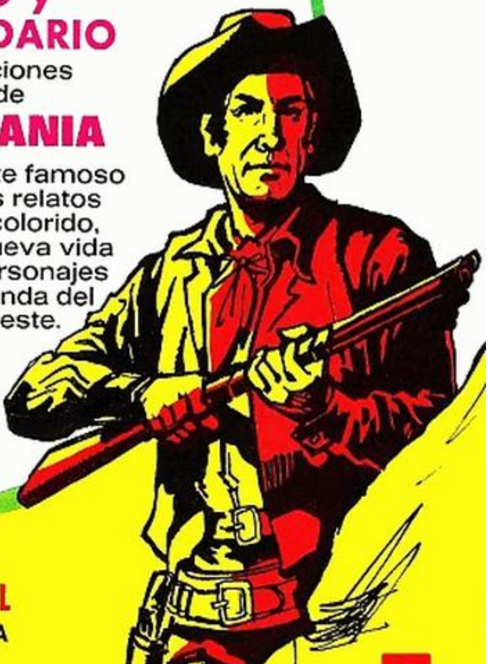
—No, no, no… ¡Nada de eso! Bien, es que ya hemos metido mano a los tres médicos que completaban el equipo «compasivo» de la Euthanasia Services, así como a la mayoría de los clientes de esa… sociedad limitada, y me pareció que al señor Cavendish le gustaría saberlo. Y… Bueno, pues eso es todo. Eso, y darles las gracias. ¡Adiós! Espero no haber molestado demasiado. —A decir verdad— sonrió Wade, —no, sargento. Pensamos casarnos mañana mismo, pero…

—¡Oh, Wade! —Lanzó un grito Sophie—. ¡Era verdad!

—Bueno —sonrió maliciosamente Comager—, pues me largo ahora mismo. Y allá se las arreglen ustedes, amiguitos. En cuanto a mí concierne, prefiero las experiencias de cualquier clase antes que las premortuorias. Feliz luna de miel.

Y sin darles tiempo a replicar, asió la puerta y cerró, con seco golpe…, quedándose fuera del apartamento, claro.

FIN



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 18 PTAS.



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado Un hombre busca a otro hombre, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror… pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)…

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle…